

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

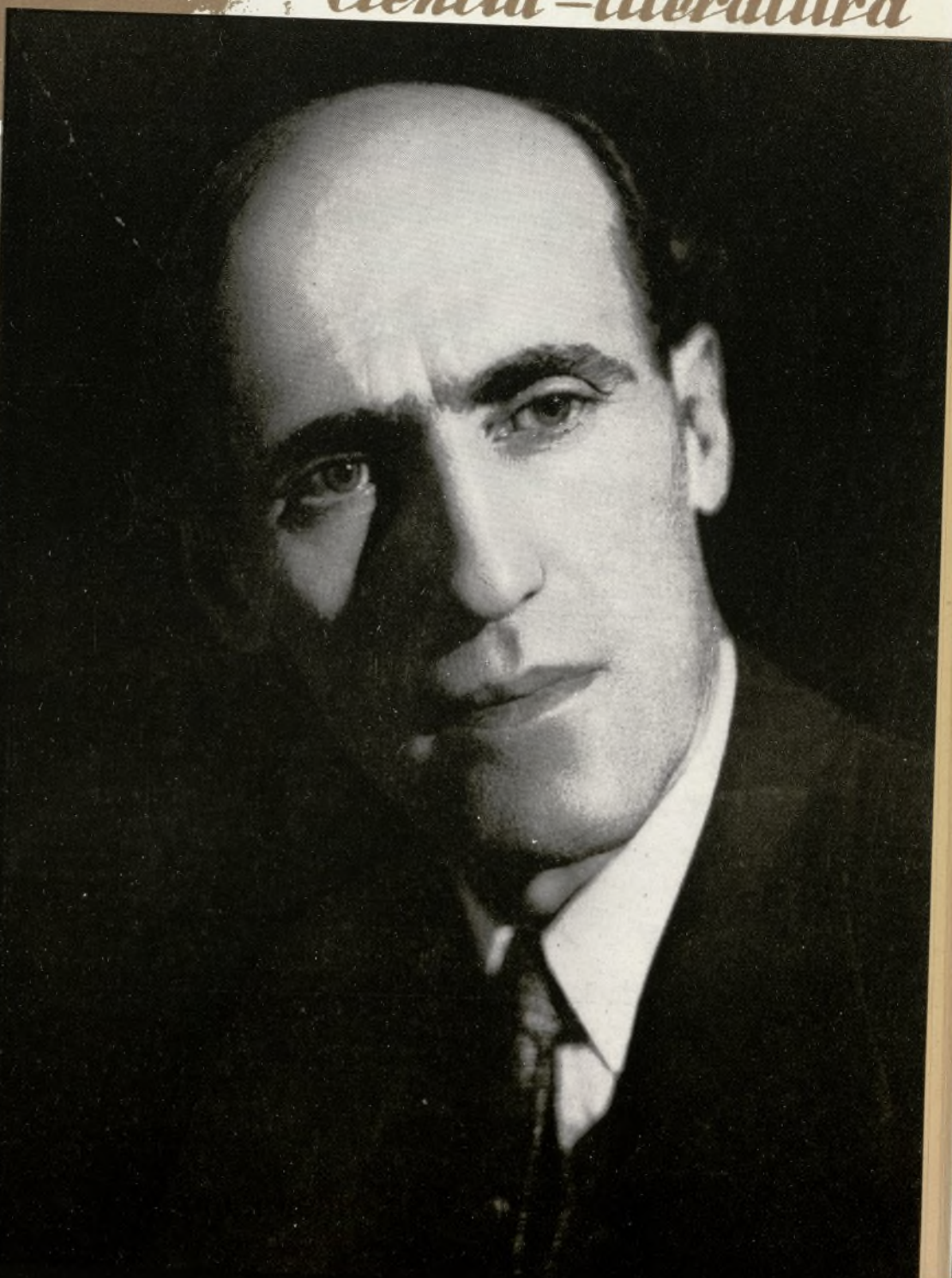
Sumario

O. Salzberg: Por qué las revoluciones están condenadas a degenerar en tiranía. Sólo el anarquismo es capaz de liberar a la humanidad. — Federica Montseny: Ideas y figuras. Si- món Radowitzky. — Puyol: No- cia al viento. — J. P. Valls: sobre iniciación ideológica. — P. S.: Reflejos del pensamiento libertario en Inglaterra. Anar- quismo y gradualismo. — Roberto J. Heilbroner: Está por aclara- rse el más grande misterio de la literatura mundial: la obra de Shakespeare. — Tejerina: Di- vulgaciones científicas. La de- fensa química contra el fuego. Generalidades. — Charles Rebes: Primer Congreso Internacional de Robots. — Eugen Relgis: Tes- timonio para la juventud. — A. C.: Gustavo Charpentier. — Jan Ryner: La Grecia Liberta- ria (Historia y crítica). Folletón encuadernable.

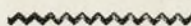
63

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



NUESTRA PORTADA



Simón RADOWITSZKY

Nació Simón Radowitszky en Ekaterinoslav (Ukrania), el año 1890.

Contaba, pues, al morir, 65 años, de los cuales pasó 21 en el presidio de Ushuaia, en la Tierra del Fuego, territorio argentino, bajo un clima capaz de arruinar la salud más robusta.

Lo que fueron estos 21 años de luchas y de sufrimientos constantes, nadie podrá saberlo jamás. Sin embargo, ellos no consiguieron destruir ni la moral, ni la fe, ni la juventud de alma de Simón. Si bien arruinaron su cuerpo, moralmente, ninguna mella hicieron en él.

Por dos veces intentó fugarse, en condiciones terribles. Una de ellas consiguió llegar hasta la cordillera andina, donde la policía chilena le detuvo, teniéndole amarrado en un barco boca arriba, hasta que la policía argentina fué por él, reintegrándole a Ushuaia, donde, después de someterle a palizas bárbaras, le tuvieron treinta meses a pan y agua.

Esta es la vida del hombre que hoy «CENIT» se honra despidiéndolo con la emoción y el fervor que su personalidad excepcional merecen.

Hombres como Simón Radowitszky representan el tesoro vital del anarquismo, ideal que nada ni nadie podrá destruir porque lleva en sí mismo el fermento de las grandes abnegaciones, de los grandes heroísmos, de los grandes esfuerzos creadores.

«CENIT» se asocia de todo corazón al dolor internacional de la colectividad libertaria, que, con Simón Radowitszky, pierde un valor humano y un compañero difícilmente sustituible.

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Ayuntamiento de Madrid

GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VI

Toulouse, Marzo 1956

Nº 63

Por qué las revoluciones
están condenadas
a degenerar en tiranía

SOLO EL ANARQUISMO
es capaz de liberar
a la humanidad



TRAVES de la historia, vemos cómo la humanidad fué siempre en busca de la felicidad; sin cesar se ha lanzado al asalto de todas las Bastillas; sin cesar se ha visto arrojada hacia otras formas de explotación y de opresión. No ha sabido encontrar todavía la forma de organización que le asegurase el desenvolvimiento individual y el disfrute de las riquezas por ella producidas. Después de cada fortaleza conquistada, otras aparecían al final de la ruta. Después de cada revolución, surgían las minorías privilegiadas apropiándose el monopolio del Poder e instaurando un régimen de clase.

Cada vez que los conflictos alcanzan su paroxismo y que el orden social estalla, el pueblo, lleno de alegría y de esperanza, se pone a barrer las instituciones que le condenaron a la esclavitud. Pero desde que se trata de construir la nueva sociedad, una minoría de revolucionarios profesionales se interpone y detiene el impulso creador del pueblo, imponiéndole instituciones sociales decretadas por un poder central. A cada momento de la historia, cuando una forma social caduca fué barrida, surgieron otras clases que se apoderaron del Estado para convertirse en los dueños del nuevo orden.

Así, en esta cadena ininterrumpida de conflictos y de guerras, es el pueblo trabajador, el campesino, los que llevan el duro fardo de la miseria y de la pobreza; los que restan dominados, explotados, envilecidos por todas las formas sociales existentes hasta nuestros días.

Diríase que un círculo maldito le condena a dar vueltas eternamente en torno a su propia desgracia, sin encontrar jamás una salida. A primera vista, el observador atento sería fácilmente llevado a creer que no hay salida hacia un mundo más humano, más clemente que éste que conocemos. Digamos, sin embargo, que esto no

es así. Es incontestable que tal fué el destino de los pueblos en el pasado, pero es igualmente cierto, y podemos afirmarlo, considerándolo de capital importancia, que hoy son conocidas las causas que han producido y continúan produciendo las derrotas revolucionarias y el estancamiento de toda tentativa de liberación, ahogada en formas nuevas de esclavitud y de desgracia colectivas.

Este conocimiento que acabamos de señalar, de orden sociológico, es parecido a todos los que han permitido a la civilización moderna avanzar de forma tan impresionante en todos los dominios de las ciencias exactas y físicas. Sin los conocimientos de Newton y de Galileo, sería inconcebible la técnica moderna. Sin el descubrimiento de los sabios franceses, sobre las descomposiciones sucesivas del uranio, gracias al neutrón que las desencadena, la energía atómica sería hoy aún una metafísica. Sin estos inmensos descubrimientos, la humanidad no hubiera podido ni sabido jamás organizar la civilización de la máquina. Fuera del conocimiento, no hay conciencia.

Y si este ejemplo del conocimiento nos ha permitido llegar a la edad atómica, ¿por qué el conocimiento sociológico de la organización social no ha de permitirnos conocer con la misma exactitud las causas de la miseria humana, las causas de su eterna servidumbre y la ausencia de la felicidad y de la libertad? Todo lo que hasta hoy ha sido dicho para explicar el origen del mal, no era en realidad exacto, más que en la parte que constituye el análisis y la crítica de los regímenes capitalistas. Esto es así, en lo que respecta a Babeuf, a Blanqui, a Marx. Y ya que hablamos del marxismo (puesto que éste tiene la pretensión de hacerlo mejor que sus predecesores) digamos que desde que se le interroga sobre su programa, sobre la estructura de su orden social, nos sentimos sorprendidos al encontrar la misma fatalidad del círculo maldito recreando las mismas condiciones de

miseria y de desgracia humana que en la sociedad precedente.

Así pues, nuestra introducción sobre el eterno fracaso de la Revolución se encuentra integralmente verificada en el sistema sociológico marxista y aún de manera más grave, ya que él ha inventado formas absolutamente nuevas de explotación y servidumbre, que vacían al socialismo de su sustancia libertaria y generosa.

Cualesquiera que sea el sistema social — y es infinito el número de ellos — en todos se encontrará el germen de una nueva clase que se impone tarde o temprano, aprovechando las guerras exteriores o interiores y que deviene así la capa dirigente de la sociedad nueva.

Aunque los fundadores de teorías sociales con frecuencia estuviesen profundamente penetrados de un sentimiento de justicia, llenos de generosidad y de compasión ante los sufrimientos del pueblo, no podían evitar, sin embargo, la incorporación, en su sistema político (por falta de un más vasto conocimiento del papel verdadero del Estado), del principio de autoridad, del principio del gobierno y del jefe supremo, y, al adoptarlos como principios fundamentales, orientaban la revolución hacia el fracaso, hacia la regresión de todas las libertades que solemnemente afirmaban querer instaurar.

Que llevasen con ellos a la nueva sociedad el estatismo; que incorporasen a su nueva moral instituciones casi análogas a aquellas heredadas del pasado, prueba, de manera evidente y absoluta, que todos los teóricos llamados revolucionarios no han descubierto el neutrón sociológico que produce la desagregación sucesiva de estas instituciones, eternizando, pese a la revolución, la degradación y la explotación del hombre por el hombre.

Se es revolucionario porque el marco del orden establecido se nos hace estrecho y pesado. Se es revolucionario por la conciencia que tenemos de nuestro derecho a la libertad, de nuestro derecho a no someternos a una autoridad que limita y racionaliza esta libertad; en consecuencia, el primer reflejo mental y psíquico se dirige contra el gobierno que obliga y nos impone una manera de pensar y de conducirnos contraria a esta conciencia revolucionaria; es por ello por lo que aspiramos ardientemente a acelerar la demolición de toda autoridad gubernamental, para abrir nuestra vida social hacia nuevos horizontes.

Pero, ¡atención!, estando todo justificado en nuestra actitud de rebeldes contra el capitalismo, pronto se comprueba que falta, en cambio, un conocimiento fundamental sobre la organización de una nueva comunidad de hombres, de la que estén definitivamente excluidos los errores del pasado. Y si este conocimiento existe, encontraremos en todas las teorías, absolutamente en todas, el eterno principio de discriminación impuesto fatalmente por la autoridad gubernamental y por la supervivencia del régimen jerárquico y de coacción que engendra la continuidad del Estado en un régimen social nuevo. Cuando examinamos los resultados de la Revolución rusa, dirigida por la concepción marxista, se constata la justeza de nuestra observación.

La vida representa la imagen más perfecta del movimiento perpetuo y del cambio constante, tanto desde el punto de vista de nuestros conocimientos que desde el punto de vista social. Sería, pues, esencial, que nos planteásemos la siguiente pregunta:

¿El Estado, en tanto que institución, puede ser valable e incluso justificado en una sociedad socialista que quiere realizar un orden social del que, efectivamente, todas las clases hayan desaparecido?

Planteado el problema como nosotros lo planteamos, ello nos permitirá descubrir que los conocimientos sobre la evolución social son extremadamente rudimentarios. Los primeros aspectos señalados al comienzo de este artículo, vuelven a evidenciarse con insistencia. El círculo

maldito, la recaída de cada revolución en la opresión, la búsqueda del neutrón sociológico que desintegrará la raíz del mal de que la humanidad sufre, son otros tantos dilemas cuya solución aún no se ha encontrado.

Que haya habido teóricos que han intentado rehacer la sociedad, pero conservando al Estado, institución bárbara, es inconcebible. Cabe preguntarse cómo se puede obtener un cambio en la condición humana, cuando el Estado se ha salvado de todas las ruinas y se introduce en las nuevas condiciones de vida. He aquí una antítesis evidente y contradictoria que prueba que, fuera del pensamiento anarquista, ninguna otra teoría social, por admirable que parezca, ha adquirido el verdadero conocimiento del hombre.

Que se me perdone si digo «fuera del anarquismo»; no es seguramente por vanidad ni por afán publicitario que así lo expreso. Pero es una verdad que, apartando todo prejuicio, debe ser estudiada para convencerse a sí mismo.

Mas antes de abordar el pensamiento anarquista, queda todavía por decir algunas palabras acerca de las ideas rudimentarias que sobre la sociedad y su organización se tienen, particularmente en lo que concierne al socialismo.

El socialismo es un descubrimiento de la razón de la misma importancia que todos los demás descubrimientos. Todo descubrimiento, implica previamente una observación sincera que conduzca al conocimiento del objeto. El mismo proceso debe observarse en lo que respecta al socialismo.

Cuando la ciencia hace posible un descubrimiento, éste nos enriquece con un conocimiento nuevo. Sin embargo, ningún descubrimiento sería posible, si procedíamos con los prejuicios adquiridos por la educación. Todo nuevo conocimiento presupone ideas nuevas; ya que el socialismo debe encarnar, en el dominio social, el descubrimiento de un orden basado sobre la justicia y la libertad, no puede utilizar el principio de autoridad si quiere ser un descubrimiento revolucionario.

Siempre y en todas partes, se avanza audazmente en la teoría, cuando se trata de transformar las condiciones morales y sociales del hombre; pero siempre y en todas partes, nos detenemos espantados ante la demolición del Estado. Es el solo Dios de los tiempos bárbaros que se ha conservado intacto, y no teniendo la humanidad un conocimiento objetivo del papel del gobierno, persiste en aceptarlo como una institución natural. Llegamos aquí al corazón del problema de la tragedia humana, ya que, entre otros conocimientos menos conocidos, ocupan un primer plano la autoridad y el Estado. En este aspecto, los anarquistas son los verdaderos precursores de una verdad y de un conocimiento absolutamente revolucionarios.

Pueden demostrar, después de haber estudiado a fondo el papel histórico del Estado, que la humanidad puede vivir y organizarse sin él. Más aún: Kropotkine ha demostrado de forma incontestable que la humanidad no podrá jamás realizar una verdadera revolución, mientras los hombres no hayan aprendido a prescindir del Estado; toda revolución que lo mantenga, volverá a llevarnos a las más nefastas formas de esclavitud.

Puede compararse a los anarquistas con los alquimistas de la Edad Media, que fueron los guardianes del conocimiento científico; sin ellos no hubiéramos visto probablemente la civilización moderna. De una forma análoga, los anarquistas son los depositarios de una civilización verdaderamente humana y libertaria; y como los alquimistas del pasado, víctimas de la ignorancia y del fanatismo religioso, los anarquistas hoy son víctimas de calumnias e inquisiciones.

Fara todos aquellos que no se han tomado la molestia de estudiar el anarquismo y no conocen su teoría y sus ideas más que de una manera deformada, la ideología

libertaria no representa más que una utopía o algo peor. No se dice que el anarquismo es, ante todo, una suma de conocimientos éticos, históricos y sociales sobre la desgraciada condición del hombre, llevando en sí los medios de liberarle de esta desgracia. Por el contrario, se ahoga este ideal, como la Iglesia católica ahogaba todo descubrimiento que hacía peligrar su predominio.

Pero esto no tiene importancia: dígame lo que se quiera sobre el anarquismo, la realidad es que continúa siendo uno de los más formidables descubrimientos del espíritu humano, y aunque debiera verse siempre calumniado y deformado, conquistaría al fin la adhesión y la simpatía de la humanidad, como toda verdad imperecedera. En suma, para llegar cuanto antes a lo esencial de nuestra demostración, digamos francamente que la cuestión de saber si el anarquismo es una utopía o no, importa poco, desde el instante que representa el conocimiento real de las cosas sociales. Y, en virtud de este conocimiento, lo utópico deja de tener la significación de algo más allá de la realidad. Importa poco al sabio del laboratorio que registra todos los detalles concernientes a un objeto en estudio, tener el conocimiento total del mismo; nunca se pregunta si sus conclusiones están en discordancia con la que se llama el espíritu realista; cuando encuentra un terreno de aplicación, está firmemente convencido de que, una vez el conocimiento adquirido, él le conducirá a su realización.

El anarquismo es algo parecido; tiene el conocimiento sociológico del progreso social y puede modificar fundamentalmente las relaciones humanas según el principio de la libertad individual.

No obstante, el anarquismo no es solamente una teoría de la sociedad futura, y es exacto decir que nosotros seríamos anarquistas hasta en el caso de que el sistema social no debiera cambiar. Esto lo pensamos, no como manifestación de una fe estúpida y ciega en el anarquismo en tanto que entidad superior, sino porque pensamos que la actitud anarquista es valable para el hombre individualmente considerado, así como para millones de individuos.

Lo que diferencia al anarquismo de las otras doctrinas revolucionarias, es que toma al hombre como centro;

como punto de partida de todas las relaciones y de todas las actividades sociales y políticas. La dignidad y la inviolabilidad de la persona humana siendo la esencia y el principio conductor del anarquismo, es lógico que el Estado no pueda ser recreado, readmitido en el pensamiento anarquista.

El anarquismo representa, pues, esta fuerza renovadora que puede abrir posibilidades inmensas en la realización de condiciones de vida social donde el hombre encuentre la entera garantía de su desarrollo moral y material.

Cuando se objeta que el anarquismo no encuentra eco en los hombres, a ello respondemos que el valor de una idea no se mide con cifras, pues lo que cuenta, para nosotros, es la conciencia de conocer los medios útiles para liberar a los hombres del círculo maldito y fatal; medios que podrían destruir las causas que hacen nuestra vida insostenible y sangrienta.

Por ello, nosotros, los anarquistas, oponemos a este período de la historia marcado por una pérdida del sentimiento de la libertad, la autonomía espiritual y social; oponemos al totalitarismo, al aplastamiento del individuo por los partidos políticos basados sobre la ciega sumisión y la asfixia de sentido crítico, la tolerancia, la libertad de la palabra, y el federalismo de los grupos, al centralismo estatal.

En conclusión, podemos afirmar que la ciencia social y la filosofía anarquista han destruido el mito milenario de una autoridad suprema, de un jefe iluminado, de un Estado providencial, la leyenda del padre de los pueblos, y han admitido y reconocido, por su búsqueda y sus descubrimientos, que ninguna sociedad gozará de bienestar y de felicidad, en tanto que perduren la religión y la autoridad, en tanto que el hombre continúe entregado en cuerpo y alma a un Estado, servilmente, cediéndole sus derechos naturales a disponer de sí mismo. En posesión de este conocimiento maravilloso, el anarquismo propaga el principio ético y social de una verdadera liberación; el anarquista representa el tipo perfecto del hombre libre.

D. SALZBERG

(Traducción: F. M.)



IDEAS Y FIGURAS

Simón Radowitszky



ONOCI a Simón en España. Es decir, le conocí físicamente. Moralmente, hacia muchos años que le conocía. Su figura heroica había mecido muchos de mis sueños juveniles, en ese período de la vida en que la acción nos atrae con más fuerza que el pensamiento.

El Radowitszky conocido a través de nuestra Prensa, de las campañas internacionales hechas a favor de su liberación, era el ejecutor del teniente coronel Falcón, el hombre de energía indomable que por dos veces intentó fugarse de Ushuaia, el terrible presidio argentino a donde iban a parar todos los muertos en suspenso; esto es, todos los que, condenados a muerte en un país que tenía abolida la pena capital, eran sin embargo enviados a morir a las tierras inhospitalarias de uno de los más espantosos presidios del mundo. Mucho peor que la Guayana y la Cayena de los franceses, que el Sing-Sing de los americanos, que los antiguos presidios de Africa de los españoles.

Sabía de Simón lo que la Prensa había publicado sobre él; de su vida en la Tierra de Fuego, donde llegó a ser el ídolo de todos los presos por su altruismo incansante, por su espíritu solidario, por su gran nobleza moral, que lograron imponerse hasta a los criminales más empedernidos.

Cuando le vi por primera vez; cuando vi su cuerpo anguloso, su semblante demacrado, iluminado por dos ojos de una claridad extraordinaria, ojos de un gris luminoso, llenos de infinita bondad y de dulzura indecible, permanecí un instante como sobrecogida. Aquel era Simón Radowitszky, el fabuloso Simón Radowitszky, arrancado a la muerte por la más hermosa y tenaz manifestación de solidaridad internacional que ha jalonado la historia de las luchas sociales y políticas de América y de Europa.

Para muchos, Simón sólo fué uno más de los compañeros venidos de la Argentina a integrarse a los cuadros ideológicos de España, a compartir con nosotros los avatares de la lucha y la fiebre de las realizaciones. En medio incluso de los intelectuales, de los militantes destacados, que pronto ocuparon puestos de importancia en Comités y en Comisiones, Simón, modesto, silencioso, pasó inadvertido.

Como en Camilo Berneri, su obsesión era ir al frente. Y al frente se fué. Allí estuvo varios meses; luego bajó a Barcelona, cuando la militarización y el carácter cada día más acentuado de guerra como todas las guerras, le hizo perder ilusiones y entusiasmo. Pero no se quejaba, no protestaba, no criticaba. No era orador ni escritor. Era un hombre inteligente, dotado de criterio propio, que atesoraba un profundo buen sentido. Era un hombre tan rico espiritualmente, que en lugar de restar a los demás, les enriquecía constantemente con la proyección propia. Es decir: el hombre mezquino, pequeño moralmente, empequeñece cuanto juzga y cuanto toca. El hombre grande moralmente, bueno y noble, proyecta

sobre todos los demás hombres y sobre todas las cosas de la vida, su mirada generosa, su juicio elevado. Jamás vé lo bajo, lo malo, lo ruin de los hombres. Vé lo mejor y se obstina en verlo, aunque se equivoque.

Asistía a nuestros Plenos, siempre callado, siempre observando. Y nunca decía nada. Pero algunas veces, encontrándole en la Secretaría de Cultura y Propaganda, en la que estaba entonces Ismael Martí — otro argentino — hablábamos. Yo le preguntaba. Y Simón me contestaba. Su juicio, claro, lúcido, unía a la discreción una profunda conciencia de los problemas, de las posibilidades y de las imposibilidades. Recuerdo que pasé horas escuchándole, sin interrumpirle, dejándole manifestarse con su voz lenta, arrastrando las sílabas, buscando a veces las palabras que expresasen mejor su pensamiento sin herir a nadie. Y escuchándole muchas veces comprendí cosas y revisé posiciones. En cuantos momentos me dije:

—¡Simón lo vé claro esto, más claro que nosotros!

Pero jamás apareció una crítica, un ataque, una interpretación torcida de una actitud a través de sus juicios en estos diálogos, que, más que diálogos, eran un monólogo de Simón consigo mismo. Yo me limitaba a escucharle pensar en voz alta.

Estaba enfermo, muy enfermo. De Ushuaia salió herido de muerte, con una lesión pulmonar producida por las privaciones, por la miseria orgánica, por los malos tratos. No es, sin embargo, de esta lesión de lo que ha muerto. Es un ataque cardíaco lo que le ha llevado a la tumba.

Vivía como un pájaro. De nada. Y lo poco que tenía, aún lo distribuía entre los demás. Recuerdo que en aquellos días — 1938 — estaba yo embarazada de mi hijo Germinal. Cuando Simón podía alcanzar un bote de leche condensada, se lo llevaba a María, diciéndole con sigilo:

—Este bote entrégaselo a Federica. Lo necesita más que yo. Yo no me atrevo a dárselo.

¡Pobre Simón! Hubiera preferido que esa leche la bebiera él. Pero devolverle el bote, rechazándole, le hubiera representado un desaire tan grande, que jamás me atreví a hacerlo.

Cuando le veía traslúcido, a fuerza de estar delgado, deslizándose como una sombra por los corredores de la Casa C.N.T.-F.A.I. una piedad y una ternura indecibles acongojaban mi alma.

Era el símbolo vivo del renunciamiento absoluto en aras de una idea. Hombres así, vidas así, sólo se encuentran hoy en el anarquismo. Si nos paramos a reflexionar un poco sobre esta existencia, nos aparecerá aureolada de contornos tan sobrehumanos, que apenas podremos concebirla.

Diez y nueve años tenía cuando ajustició al teniente coronel Falcón, convirtiéndose en el intérprete de una protesta y de un martirologio popular, del que sólo en los países de América podemos encontrar otro ejemplo. Precisa conocer la historia de las luchas sociales en la

Argentina, para explicarnos su gesto, cómo ese muchacho soñador y dulce se convirtió en ejecutor de un verdugo.

Barret, Ghirardo, Gabriela Mistral, en sus comienzos, Florencio Sánchez, todos los poetas y escritores de vanguardia, han hablado de la gran miseria de los agros americanos, de la explotación inicua de los inmigrantes y de los nativos. Los gobiernos de las diferentes repúblicas americanas — y Argentina no fué jamás una excepción, apesar de su desarrollo industrial y de su barniz de civilización más avanzada — no han sido más que los testafierros de una burguesía feudal, acostumbrada a tratar a los hombres como esclavos. Falcón fué el perro de presa de esta burguesía, ahogando en sangre uno de los movimientos huelguísticos que hicieron, en el pasado, la gloria y la fuerza de la F.O.R.A.

Radowitsky era un muchacho ucraniano refugiado en Argentina huyendo de las persecuciones desencadenadas en Rusia después de 1905. De alma ardiente, en una época en que el anarquismo flotaba en el ambiente mundial, abrazó nuestras ideas con la misma naturalidad que respiraba. Contaba sólo quince años, cuando tomó parte activa en la primera revolución rusa, salvando la vida de milagro y trasladándose a la Argentina. Llegó allí en un momento en que la F.O.R.A. era la organización obrera más influyente y más preponderante. Ingresó en ella, aportándole su entusiasmo y su voluntad. Cuando la represión se produjo, su alma esclava se revolvió de horror y de indignación ante las víctimas y ante los victimarios. Herir a Falcón era herir al Poder y era herir al feudalismo económico responsable de la masacre, victorioso de la lucha desigual e inmisericorde. Y Radowitsky, solitario, magnífico de fe y de abnegación, ejecutó al execrable instrumento de las fuerzas que sometían a explotación y miseria al proletariado argentino.

Fuó la condena, en medio de la efervescencia popular; fué Usuhaia y los largos años de encierro y de forcejeo. Porque ni por un instante cejó la F.O.R.A. en su campaña por la liberación de Radowitsky, reivindicando plenamente su gesto. Se sucedieron los regímenes dictatoriales en la Argentina. Justo, Uriburu, por fin Perón, con etapas intermitentes de libertad social y política aprovechadas por las organizaciones obreras. En una de estas etapas se consiguió la libertad de Radowitsky. Y Radowitsky, que había pasado en el presidio los mejores años de su vida; que había conocido los más inhumanos sufrimientos, cuya alma se había templado en el yunque de todas las pruebas y de todos los dolores, no tuvo reposo, tan pronto estalló la revolución en España, hasta integrarse a ella. Sin condición alguna, indigna de él y de nosotros, sin pedir a cambio más que la gloria de coronar su vida, muriendo, si era preciso, porque el ideal anarquista viviese y se realizase.

Pienso que le inflingimos muchos desengaños; que entre nosotros vivió horas muy amargas. Pero nunca se quejó y siempre tuvo una explicación y una excusa PARA TODO.

No tenía una gran cultura libresco, apesar de que había leído bastante y conocía a fondo nuestros teóricos y nuestras ideas. Pero había vivido mucho y conocía aún más a fondo que las teorías, las realidades del hombre y de la vida. Y en su existencia de solitario, había

aprendido a observar y a reflexionar mucho. Multitud de cosas que parecían simples, él las veía en toda su complejidad, sin escapársele ningún matiz. Como era modesto, tímido, reconcentrado, nunca hablaba de nada y menos de sí mismo. Era preciso encontrarle en un momento de locuacidad, llevarle insensiblemente hacia el terreno de la confianza y de la confidencia, para que se descubriera y mostrase hasta dónde su espíritu percibía y penetraba.

En todos los años del Exilio, sólo de tiempo en tiempo tuvimos noticias de él. Vivía en Méjico con nombre supuesto, temiendo que ese terrible apellido: Radowitsky, le cerrase muchas puertas. Pero siguió actuando entre el movimiento español, fiel a sus amigos de siempre y a su línea ideal de siempre. Si calló ante todas las desviaciones, impuestas por necesidades y fatalidades que nos encerraban dentro de un círculo infernal no por eso las aceptó jamás como buenas. Pero no las criticó nunca, dejando tiempo al tiempo y confiando siempre en lo que debía producirse: en la recuperación ideal de un movimiento guiado por el corazón y el instinto de una mayoría idealista y consciente.

Su muerte priva a la humanidad de uno de sus más puros valores. No habrán acompañado su cadáver multitudes llorando al héroe, ni al semi-dios, ni al hombre providencial. Pero no habrá habido un compañero en Méjico, no habrá un compañero en Argentina, en Francia ni en España que, al saber su fin, no haya sentido acongojarse su alma y que no haya despedido a Simón Radowitsky con la más pura y la más tierna de las emociones.

Ni aún muerto, el recuerdo de Simón deja de ser consolador y dulce. De él emanaban siempre serenidad y paz, equilibrio y cordura, bondad y mesura. El era la extraña conjugación de virtudes raramente reunidas en un mismo hombre. Y él era, sobre todo, la imagen misma del anarquista, tal como puede concebirlo la mente humana, elevando al anarquismo a la categoría de ideal de vida y de actitud ante la vida. Del anarquista, en lo que el anarquista tiene de encarnación de lucha, de grandeza, de ética, de sacrificio, de fe en la humanidad y de entrega a una causa. En lo que la palabra anarquista expresa de virtudes individuales y de solidaridad con la especie.

En lo que la Anarquía encarna, como dignidad del hombre y como ideal infinito de la Humanidad entera.

De Simón muchos decían:

—Es un místico.

Yo pensaba:

—No. Es un hombre de una humanidad por venir.

Como existen hoy primitivos, existen tipos avanzados de humanidad superior. Como hay hombres que viven estadios de conciencia propios de épocas ya pasadas, otros viven adelantándose de siglos a la evolución media de la especie.


Los anarquistas, los verdaderos anarquistas, son hombres que viven hoy, realizando anticipadamente el tipo humano de mañana.

De anarquistas, de verdaderos anarquistas, no hay muchos, aunque sean y hayan sido numerosos los que como tal se adjetiven.

Simón era esto, en cuerpo y en alma, en realidad y en sueño: UN ANARQUISTA.


Federica MONTSENY

Por exceso de original, han quedado compuestos, entre otros, y se publicarán en el número próximo: «Eliseo Reclus en Bélgica», de Hem Day, e «Introducción a la confesión de Bakunins, por Fritz Brupbacher. Tampoco hemos podido publicar el acostumbrado «Cuento de la Noche», de Federica Montseny.



NOTICIA

al Viento



El hombre nace para morir
sin que le hayan conocido.

GOETHE.

COMIENZO este trabajo en Orán, el 14 de junio de 1944, a los cinco años, tres meses y diez días de mi salida de España huyendo de Franco. Ni robé ni maté: escribí contra el fascismo, y es todo; mi delito lo han pagado otros con la vida: yo vine a esta parte del Africa para salvarme de la muerte. De todos modos, mi reloj se para con frecuencia: más pronto o más tarde no habrá relojero que lo componga.

Corrió por aquí la nueva, ya vieja (data de los primeros tiempos de nuestra estada en campos de concentración) de que habían sido fusilados en España el buen poeta Félix Paredes, el gran poeta Juan Pérez de Muro y el magnífico poeta Pedro Luis de Gálvez. No tengo, hasta hoy, la prueba de ello. Quise embarcar con los tres y embarqué solo, en el «Stambrook», con más de tres mil criaturas. Félix acababa de publicar un libro de versos, por cuyo título nada más era fusilable: «Bajo la zarpa de la fiera fascista» (andaba por las ramas). Juan terminaba de enterrar a su hija y el dolor no le permitía reaccionar (nefelibata de suyo). Pedro Luis confiaba en el espíritu de su padre don Pedro de Gálvez y Teulé, y en Valencia, en el parador del Rincón dejéle. Hizo menos con la pluma García Lorca y lo mataron. Desde que lei el alegato que en el periódico «Madrid» publicó «El Caballero Audaz» contra el célebre sonetista, temí por su vida. Testigo me es Teresa Espildora de que no pude acarrearle al barco. Ignoro el paradero de tan sublime mujer para preguntarle y salir de dudas, puesto que los informes que de mi hermana tengo—«no está más en Valencia»—justifican mis sospechas.

El mesón, en la calle de la Cerda, cerca de la Lonja y del Mercado Central, casi a la vera de la Bolsería. Paraje de antaño. De par en par el portón, capaz para el rodaje de una galera, carros y talabartes: moza que saca el corral en los pics, y mozo sin números que en la pared lleva las cuentas de la paja y la cebada: el trajinero y el cosario, y el vendedor ambulante: belitres, rodaballos, capigorrónes—un solo pícaro verdadero—: el de la blusa añudada al extremo, que anda al trato y en lides de gitanería a los nietos de Faraón acenaja. Dos pisos, con sus cuartos a lo largo

de los corredores: en el segundo, Pedro Luis de Gálvez y López, que en clásico del siglo XVII escribía y vivía. Pedrito en el frente, luchando, y Pepito en Paterna, estudiando para ingeniero. Los padres ocupaban la habitación 21, pero tenían alquilada también la 22, con tantos libros en cajones, que era difícil penetrar en ella. En el mesón quedó el autor de «Negro y Azul» el 20 de marzo de 1939: yo partí a Alicante en el transporte militar que él mismo me proporcionase.

Movería a los falangistas contra el poeta la excitación de «El Caballero Audaz», siendo suficiente para que lo fusilaran: a menos de acabarlo antes, y al saberlo José María Carretero ofrendóle detritus por corona. ¿Prendieronle en el Parador del Rincón o dónde? ¿De día o de noche? ¿Dormía en aquella cama alta, muy de posada, o en aquella mesita baja escribía versos? ¿Qué dijo él? ¿Qué hizo Teresa? Sobre todo, ¿cómo murió este hombre?

Tres compañeros, tres amigos que hubiese querido arrancar a la garra de la fiera fascista. El «Stambrook», que cargó hasta la chimenea, partió sin ellos (1).

La verdad sobre Pedro Luis de Gálvez («siempre la garra de la calumnia al cuello»), eso es este libro. Si por tener un valor íntimo—el único—debo ocultarlo a la stampa, el tiempo lo decidirá: caso de ver la luz, sirva como punto de partida para un estudio más profundo acerca del poeta: datos suficientes brindo al escritor sin prejuicios. Porque es una realidad comprobada que el prejuicio Gálvez («siempre la garra de la calumnia al cuello») existe.

17 de enero de 1948, por la noche. Aviso de que hay para mí una carta de España, de Málaga, en el domicilio de un amigo, y que es de Teresa Espildora. Voy de un vuelo, con el pensamiento en la mujer del poeta, desbocado el corazón, ciego, anhelante, emocionadísimo. Tenía razón mi hermana: «No está más en Valencia». ¡Ni en el mundo! Su fiel compañera me lo comunica. Pedro Luis de Gálvez fué fusilado en Yaserías (Madrid) el 30 de abril de 1940, a las cinco de la madrugada. ¡Demasiado cierto y... demasiado inhumano!

PUYOL

(1) En 1946 supe que Muro y Paredes están vivos.

Sobre iniciación ideológica

— IV —



PARA los novicios que éramos algunos, el golpe de fuerza del 13 de septiembre de 1923 representaba una solución de continuidad. Cualquiera que fuese la realidad en las cárceles y en el exilio, y en la penosa tarea de la clandestinidad, para el ciudadano común una época quedaba atrás. A medio camino de la etapa dictatorial hechos y nombres parecían ya cubiertos con la pátina del tiempo. Conservo dos impresiones distintas sobre el fenómeno: de renuncia o fatalismo la primera; de lenta incorporación a la lucha la segunda. «¡Ahora vamos a saber lo que es una dictadura!», decíanse a bajo cuerda los que sabían de los aires que soplaban en Italia.

La dictadura no fué, sin embargo, lo que los más fatalistas se prometían. Podríamos decir que los que iban a sufrirla empezaron por concederle más importancia que los propios encargados de aplicarla. Las víctimas tomaron más en serio su papel que los mismos victimarios. Estamos a punto de afirmar que este curioso fenómeno trabajó como ningún otro en perjuicio del régimen. Es posible que de haber tropezado éste con una resistencia energética, soportable, lejos de menguar su furia, como fué el caso, se hubiese soliviantado. Naturalmente, nos guardaremos de extremar deducciones al respecto. Ni podríamos propiciarlas como tácticas en parecidas experiencias. Por otra parte no creemos que tal actitud obedeciese a táctica ninguna. Fué más bien una aprensión instintiva. Posiblemente desarmara aquella actitud a los dictadores y allanara el proceso de descomposición de la dictadura. Una cosa es por lo menos cierta. Que cuando empezaron a insinuarse las primeras embestidas contra el régimen encontraron a éste desgastado e incapacitado para toda reacción positiva. La contraofensiva antidictatorial se inspiró no poco de esta constatación de las debilidades del régimen. Jamás se ha dado en España un caso tan penoso, bufo y grotesco como el ofrecido por el mismo dictador en pleno caso de la dictadura. No había sector de opinión que reprimiera sus burlas. El arrogante autor del manifiesto marcial del 13 de septiembre había caído a la condición de hazmerreír del pueblo antes del lustro.

No queremos atenuar la dureza de los ramalazos del régimen ni echar en olvido casos patentes de heroica resistencia. La dictadura no fué, ni mucho menos, una paz octaviana. Pero la verdadera resistencia se creció por sí misma algo marginal a la salsa conspirativa, que si la hubo no fué en ningún caso decisiva.

Mi nuevo contacto con el movimiento confederal se produjo en 1926. Empezaron a tomar cuerpo entonces las organizaciones profesionales según el patrón oficial. Los ladrilleros fuimos los más recalcitrantes a plegarnos a las exigencias de la dictadura en materia social. Estas exigencias querían ser un calco de la innovación corpora-

tiva de Mussolini. Estaba terminantemente descartado el derecho de huelga. Los conflictos eran sometidos al arbitraje de los Comités Paritarios, organismos mixtos permanentes formados a paridad por patronos y obreros, en el seno de los cuales el delegado del Ministerio del Trabajo ejercía la función dirimente de calidad. Por razones de principios rechazábamos los ladrilleros esta legislación del Estado. Algunos compañeros de la vieja guardia influían poderosamente en nuestra decisión. Entre estos hay que citar a Pedro Massoni. A la prestigiosa figura de este compañero juntábase la aureola de su martirio. Herido gravemente, como hemos señalado, durante la época del pistolero, curó malamente. Herencia de sus heridas era su pierna anquilosada y un brazo defectuoso. Massoni, estrechamente vigilado por la policía, trabajaba penosamente en el oficio al abrigo de los compañeros. Las condiciones del trabajo a destajo que caracterizaba a nuestra profesión permitían esta obra solidaria. La fabricación del ladrillo se realizaba a base de concesiones hechas por el patrón a ciertos compromisarios obreros. El patrón no se entrometía en la forma de realización del trabajo a destajo, que se efectuaba por grupos que capitaneaba el titular del «destajo». «Burgueses con blusa» llamaba Massoni a los destajistas que abusaban de sus funciones, casos estos muy frecuentes. El destajista estaba potestado para alquilar a su vez al grupo de trabajadores que necesitaba para realizar su concesión, a quienes pagaba personalmente a título de jornaleros. A su vez, el «destajista» devengaba del patrón sus haberes estipulados a tanto por millar de ladrillos. Esta autonomía del «destajo» permitía en los mejores casos, que no eran raros, proporcionar empleo a compañeros arrojados al pacto del hambre por la burguesía. Algunos de estos no eran del oficio, como fué el caso de Arturo Perera y otros que encontraron refugio entre los ladrilleros en los malos tiempos de la dictadura.

De esta clase de favorecidos era el compañero N., que hubo de jugar un importante papel en mi iniciación definitiva. Las treguas de descanso las aprovechaba este compañero en furtivas lecturas de folletos, libros y periódicos. Tan avarienta devoción despertó mi curiosidad. A mis preguntas insinuantes contestaba N. con sobrias exposiciones repletas de referencias históricas, culturales e ideológicas. Lo más notorio de nuestras conversaciones, y lo que quizás me llevara a provocarlas, era la delicada o cauta actitud de N. en no manifestar designio alguno de proselitismo. Se limitaba a satisfacer mi curiosidad dejándome siempre llevar la iniciativa. Nunca se adelantaba a mis preguntas, y sus respuestas, siempre sobrias, en tono carifioso y persuasivo, no delataban el menor asombro de pedantería. Contrariamente, confesaba sus humildes conocimientos. Rebasaba N. mi edad de unos tres años. Contaría yo a la sazón 17 bien cumplidos. Cierto día oíle decir, con estupor, que todavía iba a la escuela.

—¿Cómo así, tan mayor?—le dije sin salir de mi asombro.

N., que sin duda esperaba esta reacción mía, me explicó con el mismo tono afable que iba a una escuela nocturna en la que concurrían mozos y mozas de su edad y aún mayores. Que el maestro era como un hermano mayor para todos ellos. Que además de la labor pedagógica de rutina, inspirada en los principios racionalistas, se entablaban allí conversaciones sobre los diversos variantes de la cultura. Que los alumnos se tuteaban entre ellos y con el maestro sin menoscabo del respeto mutuo. Que los domingos celebraban excursiones en el campo libre en las que se prodigaban los juegos, los ejercicios musculares y las lecturas.

—¿Y «jugáis», también, con las muchachas?—insinuaba yo maliciosamente.

—En las muchachas—replicaba N. muy serio—no vemos nosotros a la hembra. Y si ocurre enamorarse la cuestión se resuelve, en los mejores o peores casos que el amor presenta, sin imposiciones, sincera y libremente. No quiere decir solamente que sin intromisión de curas y jueces.

Pregunté a mi amigo algunos detalles sobre la tan original escuela, lugar en que se hallaba enclavada y hombre del maestro. Y no hubo N. apuntado su respuesta cuando le atajé impaciente.

—¡Ya sé! Calle de Alcolea, 80; el profesor se llama Roigé.

—Efectivamente—contestó asombrado N.— ¿Cómo sabes?

—He ido a esa escuela de pequeño durante unas pocas semanas. Aprendí mucho en ella. Los policías detuvieron un día al maestro y todo se acabó. Creí que lo habrían matado. ¿Luego vive todavía?

—Le detuvieron solamente como tantas veces. Seguirán sin duda deteniéndole en adelante, pero la obra continúa. Ya lo sabes.

Aquella revelación me dejó perplejo. Desde el tiempo lejano de la clausura de aquella escuela, a la que asistí de niño, pese a mis sinceros esfuerzos no había podido hacer buenas migas con ninguna escuela y con ningún maestro. Las escuelas nocturnas, a las que había que concurrir después de una jornada de duro trabajo, no eran más que pasatiempos. Esta constatación acabó un día con mi paciencia. Y pese a los reproches de mi madre deserté una vez más de esos centros de enseñanza nocturna cuyos profesores, liando cigarrillos y contando chistes, robaban nuestro dinero y tiempo.

La revelación de N. no podía llegar más a propósito. Sin embargo medió una circunstancia desfavorable en el preciso momento en que iba yo mascando mis últimas reticencias. Las reticencias eran provocadas por ciertos hábitos que de un tiempo largo había ido adquiriendo. En la época era yo hombrecito ganado por el ambiente de la juventud más corriente: bailes, noviazgos efímeros y tímidas frecuentaciones a lugares «non sanctos». La

peste del deporte de espectáculo hacía estragos entre nosotros. El fútbol atraía como un imán a las multitudes hacia el circo de los estadios. Era aquella la edad de oro de los dioses con calzón corto. Para las masas expulsadas de los sindicatos, de las asambleas, mítines y huelgas la vida monótona de la dictadura no ofrecía otras compensaciones.

La circunstancia desfavorable a que me he referido fue la ausencia de mi nuevo amigo. Este me reveló un día su propósito de marchar a Francia:

—Me veo obligado a partir. No quiero ser soldado.

—¿Y abandonas así a tu familia?

—Peor es ser soldado, matar, asesinar a hombres y mujeres por orden de los jefes. Esos hombres y mujeres son también mi familia. Todo soldado es un posible asesino.

Al despedirse N. puso en mis manos todo su acopio de folletos y revistas. Fue su primer acto directo de proselitismo. Figuraban entre los papeles los clásicos folletos de propaganda, de Eliseo Reclus, de Kropotkin, y algunos ejemplares de «La Revista Blanca».

Tardé aún mucho tiempo en decidirme. Pero la suerte estaba echada. Un buen día tuvo lugar un emotivo diálogo en la escuela racionalista de la calle de Alcolea entre el maestro, Juan Roigé, y mi propia madre:

—Tengo un hijo que es cosa perdida. Nunca pudieron con él los maestros...

—Comprendo, compañera, pero por el momento...

—De niño había que llevarlo atado, y aun con esas... continúa burro a los 17 años.

—Lo siento, compañera, pero están completos los pupitres. Puedes dejar las señas y tendré en cuenta su caso. Ahora, ya ves, es imposible.

—Yo sé bien que es el suyo un caso perdido. A su edad mis ambiciones no son muchas. Sabe leer y lee algo, y con que aprendiera a escribir y algunas cuentas... Lo necesario para que pueda escribirnos cuando ingrese en el cuartel.

—Te conformas con poca cosa, pero por el momento... Ten paciencia.

—Lo va a sentir muy de veras... Es la primera vez que me pide ir a la escuela. Si hubiera visto con qué entusiasmo me dijo: «Sabes, madre, al maestro de la escuela «regionalista» no lo mataron... Y está en la misma escuela en que yo iba de pequeño... ¿Recuerdas que lo llevaron los guardias? Pues vive. Un amigo me lo ha dicho. Vete a hablarle, es la única en que yo iría...» ¡Si que lo va a sentir!

De los ojos del maestro asomó entre lágrimas esta resolución:

—¡Cómo! ¡Vino aquí de pequeño! No hablemos más, compañera; que venga mañana mismo. Se sentará aquí a mi lado, en mi propia mesa...

J. P. VALLS



REFLEJOS DEL PENSAMIENTO LIBERTARIO EN INGLATERRA

ANARQUISMO Y GRADUALISMO



DURANTE estos últimos años, se ha desarrollado una actitud entre los anarquistas, al menos en este país, de desconfianza en la idea de una revolución en el sentido generalmente aceptado y de aceptación de la idea de la evolución gradual hacia la sociedad libre.

Esto ha sido expresado desde hace tiempo por aquellos compañeros que confían en la influencia liberadora de la educación progresiva, y ponen sus esperanzas en la próxima generación, y si no, en la que venga después. Esta actitud general es parecida a la de los «reichianos» que también desechaban como «generación perdida» a todos aquellos ya entrados en años y que, inevitablemente bajo una educación autoritaria, se habían forjado un carácter armadura para protegerse de la molestia del contacto con cualquier influencia que pudiera perturbar su rígida personalidad.

En la misma vena se halla la posición adoptada por los «revolucionarios individuales» que esperan que los individuos se emancipen ellos mismos de las ideas y principios capitalistas y de la sociedad autoritaria, para crear por sí mismos un oasis de cordura en el desierto lunático de esa sociedad.

Estas tres posiciones tienen mucho de común, dando importancia como dan (y con razón) a la necesidad de un cambio social empezando por el individuo. Pero de ese concepto se desprende el progreso de la actitud que a mi parecer es menos saludable, y ésta es la del repudio (e incluso hostilidad) hacia la creencia en una forma de lucha y organización social.

El desarrollo es bastante lógico. Si creemos que la generación presente es incurable debido al funesto efecto de la última generación y su influencia autoritaria, entonces de esto se desprende que todo lo intentado en esta generación (es decir, en el terreno de organización social para la sociedad libre), está condenado al fracaso, debido a la naturaleza misma del material humano disponible. Igualmente la opinión del «revolucionario individual» implica la exclusión de la lucha social, casi por las mismas razones y lo más que se puede hacer es la protesta o demostración individual.

Esta inclinación de pensamiento, como he dicho, se ha desarrollado en años recientes en este país y en América. Existen, claro está, razones de medio ambiente para ello. Es muy difícil pensar en levantamientos populares en estos países. El progreso material que se ha realizado; la intensa industrialización y desarrollo de las comunicaciones y diver-

siones, el standard de vida relativamente elevado de las masas de los pueblos, con la deuda, paradójicamente, que le acompaña; el crecimiento del Estado protector y educación para niveles específicos y funciones en sucesión jerárquica por encima de todo el atrincheramiento de la democracia social; todo esto ha contribuido a la aceptación de una mediocridad confortable en todas las cosas, incluyendo la integridad, la dignidad y la libertad.

Viendo y viviendo en este ambiente, es fácil olvidar de que en muchísimas otras partes del mundo, las cosas son muy diferentes. Que en muchas partes de Euramérica, África y Asia y todavía en algunos países europeos, aún no se han esparcido las migajas del progreso material. ¿Y podemos abogar honestamente para que las gentes de estos países sigan nuestras huellas, a fin de que los argumentos y posturas que podemos aplicar aquí puedan ser aplicados allá también?

La mayoría de los anarquistas estarán de acuerdo en que una sociedad anarquista sólo puede ser establecida firme y permanentemente en una base ampliamente mundial. Para ser aplicable en todo el mundo en este caso, nuestra interpretación del anarquismo debe adaptarse a las condiciones, nivel de desarrollo y medios apropiados de lucha de todo el mundo.

Me parece completamente inútil formarse una opinión sobre el progreso social, o más aún, sobre la revolución social, que se adapte a las condiciones de la democracia de Occidente, pero que sea completamente inaplicable en los regímenes totalitarios que galopan sobre medio mundo, y en países coloniales o atrasados; atrasados, es decir, en ambos sentidos, técnicamente y en organización política y experiencia. Para los anarquistas esto significa, como yo lo veo, una renuncia al internacionalismo. Esto les conduce a la trampa en que han caído siempre los partidos socialistas. Todos ellos, en un sentido u otro, han llegado a confundirse de tal forma con los regímenes nacionales que no pueden tener vida más que dentro de esos regímenes. Los partidos socialistas en los países democráticos, atados como se hallan todos a la máquina parlamentaria, tienen opiniones e ideas estrictamente limitadas a los confines de esa democracia parlamentaria.

Existe una sola sección del mundo socialista que sobrepasa esa limitación, y esa es la internacional comunista. Esta obra así en detrimento de los pueblos del mundo porque sólo trasciende las fronteras nacionales para servir los intereses de un Estado o de un grupo de Estados. Ofrece una alternativa de tiranía o mito y de hecho tiende a des-

viar las ideas revolucionarias que puedan existir, por canales reaccionarios. Los partidos comunistas, aun cuando tengan intereses fuera de los regímenes nacionales, estos intereses son dañinos para la causa de la revolución social, se mire en el sentido que se quiera.

Pero todos los demás partidos—digamos en este país—, que se llaman socialistas, son completamente inútiles por lo que respecta, por ejemplo, al pueblo español. Ellos no tienen nada que ofrecer que pueda ser aplicable allá. Ni tampoco pueden ofrecer nada para muchos de los pueblos que he mencionado antes. Es verdad que mientras más apagado sea el socialismo, mejor será la posibilidad de expresión. Pero esto significa simplemente que mientras más lejos vaya el socialismo del anarquismo, más aceptación tendrá, hasta que se alcancen las perversiones del socialismo, que son bolchevismo y fascismo, los credos dominantes en medio mundo.

El socialismo, por tanto, derrota a sus propios medios por sus propios métodos. Y mi punto de vista es de que el anarquismo hará lo propio si intentamos hacer que nuestra interpretación del mismo se ajuste a las condiciones imperantes en un país cualquiera. Poner nuestra fe en la educación libre, en el análisis del carácter o en la revolución individual, puede parecer razonable en una democracia liberal como la de Gran Bretaña (e incluso en una democracia antiliberal como la de América), pero si tomamos la perspectiva mundial (y como anarquistas no podemos tomar otra) entonces hemos de buscar la forma de establecer escuelas progresivas en África del Sur bajo el Decreto de Educación de Bantu; de montar clínicas reichianas en la España católica y de ver cuál sería el destino de un hombre en rebelión en la Unión Soviética.

II

Porque yo haya subrayado lo que creo ser limitaciones, en lo que respecta a la aplicación mundial, de la educación progresiva, de la psicología reichiana o de la revolución individual, esto no quiere decir ni por un momento que yo sea contrario a estos experimentos o a que los anarquistas pierdan tiempo y energías en ellos. Al contrario, me satisface muchísimo el oír que los anarquistas amplían sus ideas, practicándolas en todos los terrenos de la actividad humana.

A lo que soy contrario es a la hostilidad que a menudo se emplea hacia otras posiciones, justamente apropiadas al anarquismo, por algunos de esos que, al abrazar un aspecto de nuestra lucha, parecen pensar que ellos tienen un monopolio del método único de emancipación y progreso.

Las ideas del anarquismo son aplicables en todos los sentidos de la vida diaria. Los mismos principios de libertad para los niños y en las relaciones sexuales se aplican a los talleres y a los campos; los mismos principios en que el individuo basa su rebelión, sólo pueden ser salvaguardados para él—esto es, sin lucha perpetua y martirio—cuando éstos son abrazados por la comunidad que le rodea.

En otras palabras, el éxito de la emancipación individual depende de la emancipación social. Esta es una concepción socialista y anarquista bastante vieja—no podemos ser libres mientras otros permanecen encadenados—, pero el desarrollo de la actitud que he discutido ha sido, me temo, el producto de una impaciencia ante «las masas» y una decisión a «lanzarse solo» que muy fácilmente conduce a

una creencia en una élite y a un desprecio por «las masas» que es desastroso desde el punto de vista anarquista.

Esto no es decir que yo creo o que alguna vez he creído en la glorificación de los trabajadores. De hecho, aquellos que han sostenido en un período o en otro la concepción del papel mesiánico histórico del proletariado, son los que han llegado a desilusionarse; pero si nunca nos hemos hecho ilusiones, jamás podemos llegar a desilusionarnos. Los trabajadores están tan sujetos a prejuicios, convenciones y posiciones equivocadas como lo está la clase media (de donde los trabajadores toman la mayor parte de sus ideas), y, tal vez, mucho más sujetos a la ignorancia debido a la falta de una amplia educación, la cual, pese a todo, por muy insidiosa que a menudo sea, ofrece la oportunidad para que se desarrolle un pensamiento lógico. Es decir, la habilidad de so pesar las ideas, argumentar lógicamente, pensar en un sentido abstracto, ser objetivo.

Esto, claro está, no tiene nada que ver con la inteligencia. Existe tanta inteligencia natural en la cabeza de los trabajadores como en la de los patronos. Lo que les ha sido usurpado, es la oportunidad de desarrollar esta habilidad para usar esa inteligencia. La educación a que están sujetos los hijos de la clase trabajadora, es una educación calculada que les adapta para una función específica en nuestra sociedad de clase, la desesperación de nuestros compañeros que dicen, en efecto, «los trabajadores son incurables», es un tributo al proceso de educación y organización, y a la habilidad o capacidad de nuestros gobernantes de asegurar su continuación en el Poder por medios que superficialmente pueden ser progresivos.

Existe un factor, no obstante, que ninguna educación u organización, ni ninguna manipulación por los gobernantes del mundo, puede alterar. Y ese es la dependencia de la sociedad al mundo del trabajo. Nada, excepto la automatización completa, puede variar esta situación, e incluso entonces, no de una forma radical, ya que las máquinas, que han de reemplazar a los trabajadores humanos, se nos dice, tienen que ser fabricadas y manipuladas por los obreros. La automatización es un arma de dos filos para los industrialistas, y puede ser empleada contra ellos justamente, como la educación universal que los reformadores del siglo pasado pensaron sería una fuerza emancipadora, ha sido usada, como hemos visto, contra el pueblo en interés de sus patronos.

Así, brevemente, nos apercebimos de la tenue naturaleza de las reformas y progreso, esto es desde el punto de vista anarquista. Nadie puede negar los progresos técnicos que se han realizado durante durante los últimos cien años; pero ¡qué prosperidad tan ambigua ha sido ésta! Es maravilloso que un niño agonizando pueda ser salvado por medio de sueros o por medio de un grupo raro de sangre traído por el aire al aeropuerto más próximo y desde allí escoltado por la policía hasta los pies de la cama. Pero los mismos medios técnicos son usados para transportar altos explosivos a una ciudad pobladísima y al arrojarlos, aniquilar tal vez a cientos de niños en perfecta salud.

Hemos apuntado infinidad de veces en estas mismas columnas (Freedom) la discrepancia que existe entre el progreso material y el progreso social. Este es un asunto en el que el anarquismo tiene una importancia especial, porque nosotros nunca hemos adoptado el punto de vista marxista de que la industrialización (introducida no importa por qué medio) debe preceder a la sociedad de clases, que el proletariado industrial es la vanguardia de la revolución mundial, que hemos de pasar por el desarrollo histórico de feu-

dalismo-capitalismo-socialismo-comunismo, o cualquiera otra de las equivocaciones de esa falsa ciencia.

En una palabra, nosotros nunca hemos atado el progreso social al progreso económico o al proceso histórico, y hasta el momento el desarrollo de la historia, desde los tiempos de Marx, ha justificado nuestros puntos de vista en vez de los suyos. El progreso hacia una sociedad libre no va a ser firme evolución generada por el ciego proceso histórico visible en su curso indeclinable. El progreso social resultará de los esfuerzos de aquellos hombres y mujeres que sienten fuertemente la necesidad de trabajar por él. Sus esfuerzos tropezarán con la resistencia en todas sus etapas, de aquellos que no quieren ver progreso alguno, con el resultado de que su trabajo sólo alcanzará su objetivo poco a poco. Pero todavía existe gradualismo y gradualismo.

III

Lo que corrientemente se entiende por gradualismo, es el picadillo expuesto por el Partido Laborista. Digo picadillo porque yo no recuerdo haber visto una declaración hecha por ese partido bosquejando un objetivo final o principio.

Es obvio de que cuando una sociedad anarquista sea establecida, el movimiento anarquista como un grupo distinto de individuos dentro de la sociedad desaparecerá: a) porque su tarea de propaganda y preparación habrá sido completada; b) porque desde el momento en que todo el mundo será anarquista en la práctica, sus miembros serán integrados a la sociedad completamente y no habrá nada que los distinga como grupo del resto de la misma. Pero en el Partido Laborista, o, mejor dicho, en su conducta o modo de producirse, no hay nada que nos haga creer de que él pueda considerarse nunca en vía de desaparición.

Lo mismo que las Trades Unions se creen a sí mismas rasgo permanente de la sociedad—lo que quiere decir que el capitalismo es una forma permanente de la sociedad también—, el Partido Laborista asimismo parece emprender un tren continuo y gradual de la eliminación de las anomalías del capitalismo (aunque prácticamente vemos lo contrario) para mejorarlo de tal forma que todas sus contradicciones sean eliminadas y los conflictos de clases sublimados, con una autoridad directiva eternamente conduciendo los asuntos de la nación.

Que esto, de hecho, es imposible se realice fuera de un tipo de mundo «1984» (se refiere el autor a la sátira de G. Orwell) es sin duda la razón del por qué el Partido Laborista nunca lo ha dado por escrito. El se limita simplemente a los hechos del día, buscando algo en los años de elecciones que sea diferente a lo de sus oponentes los Torys. Desgraciadamente, los Torys hoy día son gradualistas también y el resultado del gradualismo de los dos partidos es que ambos se han encontrado en medio de la calle vociferando que los unos son más gradualistas que los otros. Con el resultado que, por lo que concierne a las poderosas máquinas políticas, el progreso social en Gran Bretaña se va parando. El curso del mejoramiento gradual en forma de planeamiento político o gubernamental de arriba abajo se está haciendo tan gradual que sus progresos se hace casi imposible poderlos notar.

No obstante, desgraciadamente, esta es la clase de gradualismo que atrae a muchos individuos de creencias progresivas. No ya a los anarquistas, me apresuro a agregar, sino más bien a aquellos socialistas que adquirieron concien-

cia política en el pequeño, y más «fundamentalista» partido socialista; pero no han reconocido la esterilidad esencial de su posición.

Por desgracia, la garra que la democracia social y su fuerza política tiene sobre sus ideas, los ha hecho impermeables a la posición anarquista, con su rasgo predominante de exaltación de la responsabilidad individual y la importancia dada al desarrollo orgánico dentro de la sociedad, opuesto al desarrollo político. Lo cual es una gran lástima, pues existe una crisis real entre los socialistas de Gran Bretaña producida por el propio éxito del Partido Laborista al alcanzar el Poder en 1945 y poner su política en práctica, por el creciente parecido entre el Estado de la Unión Soviética, el Estado imperialista y el Estado capitalista, y la estólida negativa del elector inglés a pensar en términos diferentes del de los dos partidos políticos de turno.

De hecho, el socialismo ha terminado, y los socialistas de creencias más progresistas o revolucionarias se habría podido esperar verles moverse en dirección libertaria, anarquista o anarcosindicalista, si no fuera por el hecho de que las organizaciones políticas tienden a corromper a sus miembros de tal forma que éstos se convierten en amargados o apáticos o marchan por canales más seguros hacia la derecha, cuando dejan el partido.

(Es interesante ver, desde luego, cómo aquellos que en un partido han sido los militantes de «acción a toda costa», «prácticos», tienden a convertirse en el tipo apático de «no vale la pena», cuando aparece la desilusión, mientras que aquellos que han sido los más puritanos y los más agresivos contra el reformismo, van directamente al campo reformista cuando su Dios falla finalmente.)

Cabe entonces discutir qué cantidad de gradualismo se halla introducido en el anarquismo. La clase de gradualismo que hemos venido considerando hasta ahora (en efecto, el fabianismo, sociedad formada por los Webb, B. Shaw, Wallas y otros jóvenes socialistas de finales del siglo pasado, que se proponía establecer el socialismo de una forma gradual, pero sin violencia), es evidente que no tiene nada de común con el anarquismo. He dicho ya, sin embargo, que los esfuerzos de aquellos hombres y mujeres que desean el progreso social, obtendrán éxito sólo de una forma gradual. Luego si yo veo venir la sociedad anarquista gradualmente, ¿en qué difiere ésta del gradualismo fabiano?

En primer lugar, yo no veo un movimiento que dé impulso, aunque sea lento, desde arriba, hacia una sociedad no gubernamental. Esto quiere decir que los movimientos que yo considero de significación por conducir a un sentido anarquista, son aquellos que vienen de abajo, del pueblo. Esos que yo llamo «orgánicos» en vez de políticos.

Está claro que existe una gran laguna entre el estado presente de la sociedad humana y la anarquía mundial. Para ir de aquí allí hace falta andar muchísimo y en el camino hay multitud de escollos. De la primera cosa que hemos de estar seguros es de que conocemos perfectamente la dirección en que queremos movernos y después que cada paso que demos sea en esa dirección.

Si queremos una sociedad sin gobierno, por ejemplo, no nos moveremos en esa dirección si hacemos algo que refuerce al gobierno. Una sociedad sin autoridad centralizada, consistirá en una multitud de grupos en ejercicio, compuestos de individuos capaces de tomar decisiones y darles solución dentro del grupo. Todo lo que podamos hacer para debilitar al gobierno y fortalecernos nosotros mismos, nos prepara a nosotros y a aquellos que nos rodean para poder tomar de-

cisiones y darles solución dentro del grupo; por ese camino vamos en buena dirección. Cada vez que alentamos a un semejante a eludir la responsabilidad que la autoridad le impone y a que se convierta en una persona socialmente responsable, hemos hecho lo posible para colocarlo en la dirección recta. Un pedacito de la sociedad se ha movido hacia la anarquía.

Esto producirá inevitablemente un progreso gradual, y la educación progresiva y el análisis del carácter pueden jugar su parte liberadora. Pero el mismo papel puede jugar una militancia actuando en la industria con la misión de decir a los trabajadores que deben reclamar una responsabilidad en las decisiones que afectan al proceso de la producción, reconociendo que la producción social no puede funcionar más que a través de los grupos de obreros y que, por consiguiente, las formas de organización que crean la cooperación y la armonía, deben ser estimuladas.

En todos los campos de la actividad humana, existe una forma anárquica de hacer las cosas y otra forma de hacerlas en el sentido autoritario. Empujamos en la verdadera dirección cuando estimulamos la una y combatimos la otra. Muchos trabajadores hacen éso sin darse cuenta por un momento de que aquél es el sentido anárquico, pues es muy frecuente en la vida que la forma de obrar anárquicamente sea el camino más viable de hacer las cosas, incluso hoy. Los anarquistas que trabajan en ese campo deben dar empuje a las acciones que encierran cualquier tendencia libertaria, uniéndolas a otras similares en otras ocupaciones y mostrando cómo el anarquismo presenta una filosofía comprensible, de acuerdo con los descubrimientos prácticos del campo de los trabajadores.

En este sentido, los obreros especializados y técnicos pueden jugar una parte vital en la difusión de las ideas libertarias, pero no debe olvidarse que en el reino de las

industrias productoras y distribuidoras, el derecho a poner ideas en práctica es a veces muy difícil de conseguir, dando lugar casi siempre a una lucha industrial larga y dura. Pues es aquí precisamente donde los de arriba pueden ser golpeados en la parte que más les duele, en el bolsillo, y por consiguiente debe esperarse una resistencia grande.

Por lo tanto, mi opinión es que la difusión de las ideas anarquistas será un proceso gradual, pero que muchas veces conducirá a explosiones sociales, las cuales, en algunos casos, alcanzarán el título de revolución; que el proceso educativo y de agitación debe ser llevado a cabo en todos los terrenos, por aquellos capaces de hacerlo; que no debe considerarse a ninguna generación como «perdida»; y que ningún terreno de la actividad debe ser considerado como superfluo. Que debemos conservar nuestras ideas con toda su complejidad y amplitud, a fin de ver la posibilidad de aplicarlas en otros países, pues ellas, al fin y al cabo, encierran la solución para los pueblos de todo el mundo, y sólo pueden florecer en uno con la ayuda de los demás.

El anarquismo es una filosofía muy vasta, sus perspectivas de muy largo alcance, los horizontes que abre demasiado amplios, para reducirlos a cualquier aspecto. Al mismo tiempo, la voz del anarquismo es, para cada individuo, personal y directa. El anarquismo ofrece métodos y objetivos lo mismo para los revolucionarios individualistas que para los millones de anarco-sindicalistas. No perdamos ninguna batalla por negligencia.

P. S.

Traducción: J. R.

Este artículo se ha publicado en «Freedom» de Londres. Lo reproducimos, porque él refleja un estado de opinión del anarquismo británico y por otra parte afirma una muy ponderada e inteligente actitud personal.—N. de la R.



Está por aclararse el más grande misterio de la Literatura mundial:

La obra de Shakespeare

Uno de los enigmas literarios más apasionantes de todos los tiempos, el de la verdadera personalidad de William Shakespeare, puede quedar aclarado con el permiso otorgado al escritor neoyorquino Calvin Hoffman, para abrir la tumba de sir Thomas Walsingham, protector del famoso poeta inglés Christopher Marlowe, a quien muchos críticos literarios han señalado como el verdadero autor de las obras del más grande genio literario que ha producido el idioma inglés. Hoffman hace como veinte años que con apasionado tesón se dedica a investigaciones relacionadas con el asunto, y cree que Marlowe, que por ateísmo estaba amenazado de ir a la hoguera, «desapareció» en un asesinato simulado; y opina que Walsingham ayudó a huir y luego tuvo en su casa oculto a Marlowe hasta su muerte, ayudándole a escribir y publicar sus obras, con el nombre de Shakespeare, actor y empresario teatral. Como nunca aparecieron las obras manuscritas atribuidas a Shakespeare, Hoffman opina que no es nada remoto que algunos o todos de esos manuscritos se hallen en la tumba de sir Thomas Walsingham, que ha obtenido permiso para abrir, tras largos años de inútiles gestiones. La investigación de veinte años que lleva haciendo Hoffman, y que cada vez más le convence de la certidumbre de su tesis sobre que Marlowe fué el verdadero autor de las obras máximas de la literatura inglesa, pueden hacer cambiar el curso de la historia si son confirmadas ahora por el éxito.

Ha sido la falta de datos concretos sobre William Sha-

kespeare, lo que motivó, desde hace siglos, que se dudara que fuera el autor de las obras que se le atribuyen. Calvin Hoffman, el escritor neoyorkino dedicado desde hace veinte años a desentrañar el más grande misterio de la literatura mundial, sostiene que pese a todos los libros escritos sobre Shakespeare, los datos exactos y comprobados caben en una o dos páginas. Lo que Shakespeare escribió, según Hoffman, es lo que los eruditos creen que él escribió, lo que revela la absoluta falta de datos exactos. Al otorgarse, según informes cablegráficos, permiso a Hoffman para abrir la tumba de sir Thomas Walsingham, protector del poeta inglés Christopher Marlowe, se cree que podría desentrañarse el misterio, pues de aparecer manuscritos de las obras de Shakespeare en dicha tumba se comprobará que Marlowe fué el autor de las mismas. Aquí publicamos la segunda parte del estudio que sobre el apasionante tema apareció en la revista «Esquire», en diciembre de 1954.

El misterio de la paternidad de las obras cumbres de la literatura en inglés, atribuidas a William Shakespeare, está en su apogeo. Según las investigaciones de los más acuciosos historiadores, repasadas durante veinte años por el escritor neoyorquino Calvin Hoffman, Shakespeare nunca fué a la escuela; y es inadmisibile, para él, que hubiese logrado la vasta cultura de que hace gala en las obras que le son atribuidas y que, según Hoffman, escribió el poeta Christopher Marlowe. El misterio quizá se aclare cuando se abra la tumba de sir Thomas Walsingham, en cuyo ataúd cree Hoffman hallar los manuscritos de las obras, que nunca aparecieron.

El 30 de mayo de 1593 amaneció tranquilamente en el pueblecito de Deptford, Inglaterra, a pocas millas del corazón de Londres. En el Támesis, la fabulosa carabela «Golden Hind», de sir Francis Drake, estaba anclada, convertida en centro turístico y había atraído tantos visitantes, entre ellos a la misma reina Isabel, que la cabina del capitán fué transformada en salón donde se servían refrescos. Los habitantes de Deptford se levantaron aquella mañana, felicitándose una vez más por el hecho de que la peste, que estaba azotando a Londres, no hubiera tocado aún a su comunidad, y preparándose para otro gran aflujo de curiosos.

Por esa razón se dió poca importancia a la llegada de cuatro hombres, tres de ellos de reputación dudosa. El primero, de daga al cinto, ladrón de levita y espía, era Ingram

Frizer; el segundo, Nicholas Skeres, solía actuar como gancho de Frizer cuando no trabajaba por cuenta propia; el tercero, adúltero y agente secreto del Gobierno, se llamaba Robert Poley, de pésimos antecedentes; y el cuarto que integraba el grupo, era un joven cuyo nombre unas veces se pronunciaba Marlin o Morley o Marlo, pero a quien conocemos como Christopher Marlowe, el más grande y renombrado poeta, dramaturgo y genio literario hasta la aparición de William Shakespeare.

Los cuatro se encaminaron a una casa pequeña, sin duda una taberna, situada en la ribera de Deptford, cuya propiedad era Eleanor Bull, de quien la historia no nos dice nada. Una vez allí, a eso de las diez de la mañana, deliberaron, y, según el último informe del fiscal William Danby:

«Estuvieron juntos todo el tiempo, almorzaron, y, después de haber comido, salieron sigilosamente, y pasearon por el jardín anexo a la susodicha casa, hasta las dieciocho horas del propio día, y luego regresaron del citado jardín... y cenaron en mutua compañía».

Después de cenar, Marlowe se retiró a descansar a su habitación, mientras los otros tres, tal como nos dice el dictamen del fiscal, se sentaron en un banco a una mesa, el uno junto al otro, vueltos de espaldas a la cama donde reposaba Marlowe. Ingram Frizer era el de en medio, en tanto que Poley y Skeres se apretujaban contra él. A poco, se inició una disputa, y Frizer y Marlowe «se cruzaron frases injuriosas por causa de que no podían entenderse sobre el pago de cierta pequeña suma, es decir, sobre la cuenta que allí les cobraban». La daga de Frizer se le cayó del cinturón ante la acometida de Marlowe. Furioso el poeta, la desenvainó y golpeó con ella a Frizer, probablemente con el mango, causándole heridas superficiales en la cabeza. En defensa propia, Frizer le sujetó el brazo, y «en aquella riña... con la daga antes dicha, evaluada en doce peniques, le infirió al citado Christopher, en aquel sitio y hora, una herida mortal sobre el ojo derecho, de cinco centímetros de profundidad y de dos y medio de anchura, de cuya herida mortal el antes dicho Christopher Marlowe, en aquel sitio y hora, falleció instantáneamente».

La reina Isabel se encontraba a unas doce millas de Deptford, y el pueblo, por esta razón, estaba dentro de su jurisdicción y dependía de su soberanía. William Danby, el fiscal de la corona, fué designado para investigar los hechos. Acudió a la casa de la señora Bull y allí tomó nota de las circunstancias que rodearon al crimen, e hizo mención del hecho de que Frizer, no tan sólo no huyó, sino que alegaba legítima defensa, permitió que el cadáver fuera identificado por los presentes y metió a Frizer en la cárcel. Marlowe fué enterrado el primero de junio, en la fosa común, teniendo por único epitafio el registro vicarial de la iglesia de Deptford: «1.º de junio de 1593. Christopher Marlowe, muerto por Francis Frizer». El nombre Francis fué notoriamente un error. El vicario no supo que hubo en dicha inscripción otro error de tremendas proporciones...

De esta suerte se esfumó el genio literario más prometedo y de más altos vuelos, en Inglaterra, hasta el año 1593. Y es aquí donde interviene Calvin Hoffman, trescientos cuarenta y tres años después, para iniciar una de las más emocionantes y fantásticas historias detectivescas, de todos los tiempos, en el campo de la literatura universal.

Calvin Hoffman, en 1936, cuando inició sus pesquisas, era un joven rechoncho, rubio y peludo, de hablar nervioso y rápido, y con una gran pasión por el teatro. A los quince años, seducido por Hollywood, extravió su camino, ofuscado por sus aspiraciones de adolescente. Luego, habiendo decidido que su interés radicaba más bien en escribir obras teatrales que en actuar en ellas, regresó a Nueva York a escribir y a estudiar inglés y a los clásicos, en la Universidad de Colombia. Y así fué cómo, un atareado día, cuando Hoffman se hallaba ensimismado en el acto de crear, cayó en sus manos un ejemplar de las obras de Marlowe.

Aquel acontecimiento imprevisto inició a Hoffman en una saga que lo ha tenido ocupado casi constantemente durante dieciocho años; que lo ha llevado lo mismo a polvosas bibliotecas, que a una cacería de gansos en Dinamarca; que lo ha hecho escarbar en los archivos criminales y artesanos de la época isabelina y lo ha impelido a oscilar un detec-

tor de minas sobre los removidos cimientos de una mansión inglesa; y que, finalmente, lo ha lanzado contra un muro de indiferencia y a veces mofa, que hubiera disuadido a un hombre menos apasionado y sincero, haciendo culminar la cosa en un extraño empate ante la indomable figura del canónigo Lumb, de la iglesia de San Nicolás, en la pequeña aldea inglesa de Chislehurst.

En la actualidad, a los cuarenta y cinco años, aun más intensamente que nunca de genio dramático, Calvin Hoffman está en posición de hacer historia literaria. La incipiente sospecha que nació en él en 1936 ha madurado hasta convertirse en una apasionada convicción; y si esa apasionada convicción es comprobable, Calvin Hoffman, solitario erudito que grita en el desierto, habrá confundido a las filas de los ortodoxos.

La incipiente sospecha comenzó cuando Hoffman se sorprendió ante el asombroso paralelismo entre el vigoroso estilo de Marlowe y las elevadas frases de otro famoso escritor inglés, William Shakespeare. Hoffman hizo unas cuantas observaciones al azar, por ejemplo, que Shakespeare solamente una vez había usado la frase: «Rose-Cheek'd Adonis», e igualmente Marlowe. Las notas crecieron hasta convertirse en un volumen y la sospecha hasta convertirse en una firme convicción.

La tesis de Hoffman es que las obras de Shakespeare no han sido escritas por William Shakespeare. Como todo el mundo sabe, tal teoría no es nueva. Cuando menos media docena de substitutos de Shakespeare han sido sostenidos con diversos grados de persuasión y sinceridad: Edward de Vere, el talentoso conde Oxford; Francis Bacon, el grandioso genio filosófico de su tiempo; la condesa de Pembroke, la única candidata a un Shakespeare femenino; «otro hombre llamado William Shakespeare», y todavía algunos más. Las teorías van de lo sublime a lo ridículo. Freud, por ejemplo, estuvo tan intrigado con la posibilidad de la tesis oxfordiana, que llegó a formular un comentario (Oxford tuvo una historia hamletesca). Por otra parte, los baconianos han proclamado el hallazgo de un anagrama, en el Primer Folio de Shakespeare, que descifra la leyenda de la vida de Bacon. Un anagrama basado en diferencias tipográficas, que sólo son perceptibles, a las parciales miradas de los baccianos.

Pero las abundantes teorías sobre quién escribió las obras de Shakespeare no han sido meramente el producto de mentes extraviadas o ansiosas de publicidad. Por el contrario, las teorías se basan todas ellas en algunos obcecados e inquietantes datos relativos al propio William Shakespeare, o quizás sería mejor decir que en la falta de estos mismos datos. Tengo, por ejemplo, sobre mi escritorio, «Una vida de William Shakespeare», por J. Q. Adams. Consta de quinientas cuarenta y cuatro páginas, y, sin embargo, los datos acerca de Shakespeare podrían ser resumidos en una o dos de las mismas. El libro, como la mayoría de las biografías de Shakespeare, está lleno de «Puede suponerse que...» y «Podemos ciertamente conjeturar...» Pero los conocimientos documentales existentes sobre Shakespeare son asombrosamente escasos. Como comprobación, hasta 1593, cuando «Venus y Adonis» fué publicada, con una dedicatoria firmada por William Shakespeare, lo que sobre él sabemos es exactamente esto y nada más: Nació de gente burguesa en el pueblecito de Stratford y fué bautizado el 26 de abril de 1564. Se casó el 27 de noviembre de 1582. Fué padre al año siguiente y otra vez (gemelos) en 1585. Y eso es absolutamente todo lo que sabemos de William Shakespea-

re, hasta que su nombre apareció en 1593. (Se remite al lector escéptico al libro «William Shakespearée», de sir Edmund Chambers, Oxford Clarendon Press, 1930, dos volúmenes, o a cualquier biografía erudita que trate de esta materia.)

De lo que ocurrió después no sabemos mucho. Tenemos informes de sus varias compañías teatrales y de sus participaciones en los famosos teatros «Globe» y «Blackfriar»; tenemos informes de sus comparecencias en los juzgados como testigo y como litigante; queda constancia de la compra que hizo de una casa y terrenos; tenemos su testamento y la fecha de su muerte; tenemos sus obras.

Pero aún sus obras no contienen pruebas directas del autor, no hay manuscritos de la pluma de Shakespeare; así es que, por «obras de Shakespeare», entendemos aquellos con el nombre de Shakespeare en la página que contiene el título. La mayoría de ellas no fueron impresas sino hasta siete años después de la muerte de Shakespeare, en el Primer Infolio, publicado en 1623, y es de hacerse notar que, de las treinta y seis obras del Infolio, sólo ocho habían sido previamente publicadas, y algunas de éstas sin que fueran atribuidas a ningún autor. Además, ciertas obras que aparecieron después del Primer Infolio, han sido atribuidas a su pluma, mientras otras, publicadas antes de su muerte, con el nombre completo en la página del título, no lo han sido.

La mayoría de los shakespeareanos autorizados atribuyen a otros autores colaboración, por lo menos en algunas obras de Shakespeare; de hecho, algunos admiten la colaboración en ocho obras. De aquí resulta que «lo que Shakespeare escribió» consiste, en último análisis, en lo que los eruditos creen que él escribió, método de juzgar perfectamente respetable, pero carente en absoluto de certidumbre.

Por lo tanto, los datos conocidos acerca de William Shakespeare nos dicen solamente que fué hijo de pueblerinos de la clase media; que se casó y que fué padre; que fué actor y litigante; que gozó de una posición desahogada; y que murió. También nos dicen que las obras en prosa y poemas de maravillosa profundidad y aliento, no logrados hasta entonces en la lengua inglesa, fueron impresas bajo su nombre, juntamente con algunos otros trabajos que «no ameritan serias consideraciones». ¿Es esto suficiente para determinar incontestablemente al autor? Podría ser, pero más bien pensamos que no, por algunos embarazosos datos negativos. He aquí algunas de las muchas interrogaciones que han provocado en otros eruditos, además de Calvin Hoffman, el escepticismo y la duda.

Primeramente, ¿cómo le fué posible a Shakespeare adquirir su inigualable penetración, vocabulario y sabiduría? No solamente poseyó y manejó uno de los más grandes arsenales de palabras de que tengamos noticias, sino que son notables sus profundos conocimientos, incluyendo una terminología legal de considerable perfección, dominio de temas médicos, una erudición profunda en farmacología y una espontánea familiaridad con los usos cortesanos y nobles maneras. ¿Pudo William Shakespeare, hijo de un traficante de Stratford, tener acceso a tales círculos? Quizás, si asistió a la Universidad. Pero él no concurrió a tales centros educativos, y (no hay registro de su nombre en las listas detalladas) ni siquiera hay constancia de su inscripción en una escuela primaria. Entonces, ¿se autoeducó por la lectura? Pero, ¿dónde adquirió los libros? La Universidad de Cambridge, con una de las mejores bibliotecas de Inglaterra,

en aquella época apenas si tenía algunos centenares de libros, y éstos eran considerados tan preciosos, que se mantenían bajo llave y a veces se encadenaban a los librerías. No había bibliotecas públicas, ni libros baratos fácilmente adquiribles. Los libros eran raros y costosos para coleccionar. Y cuando Shakespeare hizo su testamento, un testamento terriblemente complicado, en el que al lado de su segunda mejor cama, legada a su esposa, distribuyó sus ropas, pequeñas sumas y objetos caseros a diversos beneficiarios, no hizo mención de ningún libro o manuscrito. Sin embargo, si él hubiera tenido su propia biblioteca, seguramente ésta hubiera sido una de sus más preciosas posesiones.

Es por esto que Hoffman empezó a preguntarse cómo Shakespeare adquirió sus conocimientos. ¿Dónde aprendió a leer en griego y latín, «el poco latín y escaso griego», que Ben Jonson le acredita? Y si él apenas leía en latín y griego, ¿cómo adquirió familiaridad con Ovidio, Lucano y Plauto, el último de los cuales no podía conseguirse traducido al inglés, en su tiempo, no obstante que es la fuente de «La Comedia de las Equivocaciones»? Los eruditos shakespeareanos no lo saben. Leamos un fragmento de la obra de sir Edmundo Chambers, relativo a la cuestión que nos ocupa: «Estas son preguntas necias para las que no tengo respuesta. No sabemos que tuviera biblioteca propia. Muchos volúmenes ostentan su firma y se trata mayormente de falsificaciones... No podemos decir dónde fueron copiados (sus conocimientos)... Que haya quizás confundido a la mayoría de los lectores, esa es la característica de Shakespeare. Ciertamente nosotros no pensamos que los prácticos habitantes de Stratford fueran patanes, pero las maneras de una ciudad provinciana no son propiamente las de una Porcia. Probablemente la verdadera explicación escapa, una vez más, a nuestra percepción...»

En segundo término, Hoffman encara el embrollo de la geografía. Un grupo numeroso de las obras de Shakespeare se desarrolla en Italia, con un conocimiento tal de la geografía que implica familiaridad. Los puntos geográficos, la localización de las montañas a la espalda o la izquierda de los personajes, a la salida de alguna población, las rutas de viaje, todo ello, es difícil de atribuir a un hombre que, hasta donde sabemos, nunca abandonó a Inglaterra y no tuvo a su alcance sino los mapas más rudimentarios. Se acostumbra decir que sus conocimientos geográficos son rudimentarios también y que éste es un dato favorable a la autenticidad de Shakespeare. Shakespeare, por ejemplo, hace embarcar a su Próspero en Milán e inventa viajeros que van de Verona a Milán por agua. Ridículo, por supuesto, excepto que recientes investigaciones han demostrado que en la época isabelina se iba de Verona a Milán principalmente siguiendo el curso del río Adigio, y que Milán poseía una red de canales que permitían embarcarse desde la ciudad.

Pero algo ha intrigado más a Hoffman que el asunto de la geografía. Sabemos que algunas de las obras de Shakespeare deben haber sido escritas a partir de 1590. Sin embargo, cuando en un tiempo Kyd, Nashe, Peele, Marlowe, Chapman y demás, se referían constantemente unos a otros, ninguno mencionó a William Shakespeare hasta 1593! En toda la literatura de la época sólo hay una referencia especulativa al nombre de Shakespeare, en el testamento literario de Robert Greene (su «Grotsworth of Wit» (1), publicado en 1592), donde critica sin malicia a Marlowe y a otros dramaturgos, y luego, en una línea, parodiando un pasaje de Enrique VI, despelleja a un advenedizo que se cree el úni-

DIVULGACIONES CIENTIFICAS

LA DEFENSA QUIMICA CONTRA EL FUEGO.-GENERALIDADES



ESDE los más remotos tiempos de la prehistoria fué siempre el fuego para el hombre objeto de veneración y de temor. Casi todas las religiones lo adoran de un modo más o menos esotérico. Así por ejemplo en los Rig-Vedda la religión es casi una explicación científica de los fenómenos de la naturaleza no bien comprendidos. El juego «Agni» (Agnus para los cristianos no es más que el «HTJO» de Zavistri—el brillante—(Zeus, Deus, Dios), es decir el fuego, es el almacenamiento de la energía solar que no puede arder sin el concurso de Vayu—el Aire—(psije, que los cristianos tradujeron por Espíritu). Todo esto nos da una explicación científica del origen del dogma de la Trinidad, Trimorti. El fuego es adorado asimismo por el cristianismo como lo atestiguan la «clerical tonsura», culto indirecto del sol, y la explicación del I.N.R.I.—Ignē Natura Renovatur Integra—(la Naturaleza se Renueva Integramente con el Fuego).

El fuego en manos de las vestales, en manos del hombre moderno, o lo que es lo mismo la energía calorífica, es un aliado potentísimo. Pero cuando éste no puede ser dominado, es un enemigo implacable, devastador, lo que explica el horror que ha epercido y ejerce en los pueblos primitivos, en los animales y hasta en el hombre «civilizado».

Un diccionario cualquiera nos definirá el fuego como el desarrollo simultáneo de calor y de luz producto de la combustión de ciertos cuerpos. Se define así tan sólo el aspecto

espectacular del fuego. La combustión es esencialmente una reacción química, una combinación entre dos cuerpos en la cual uno es imprescindible: el oxígeno. Cuanto más intensa sea la reacción, más «viva» será la combustión.

Ejemplo de una combustión lenta es la oxidación del hierro que da la herrumbre (óxido de hierro hidratado) en un estado ambiente húmedo. Lo es asimismo la respiración, transformación de la hemoglobina en oxihemoglobina, la nutrición (glúcidos, prótidos, lípidos, etc...) oxidación del carbono y del hidrógeno de los alimentos exhalando vapor de agua y CO₂.

Las combustiones lentas no presentan peligro alguno y en consecuencia carecen de interés en el problema que nos ocupa.

Las combustiones «vivas» o brutales de cuerpos combustibles con el oxígeno, están siempre acompañadas de fenómenos energéticos: energía mecánica, luminica, colorifica, etcétera.

Cuanto más afinidad tiene un cuerpo cualquiera por el oxígeno tanto más fácil será la combustión.

Entre los cuerpos muy ávidos de oxígeno podemos citar el hidrógeno, el fósforo, el sodio, el potasio, el magnesio, el aluminio, el carbono, el azufre, etc., etc.

El anhídrido carbónico (CO₂), los silicatos, los boratos, los fosfatos, los tungstatos, etc., son rigurosamente incombustibles.

Entre los cuerpos compuestos todas las combinaciones de del C y del H claro está son particularmente inflamables, hidrocarburos, alifáticos (gasolina, petróleos, etc.) o aromáticos (benzeno y derivados).

Un líquido es tanto más inflamable cuanto más volátil sea. Una forma muy particular de la combustión es la llamada «combustión espontánea», que caracteriza un cierto número de productos.

De lo precedentemente dicho relativo al proceso íntimo de la combustión, podemos notar que el oxígeno es el factor primordial y necesario en el fenómeno de la combustión. Combatir el fuego, consiste esencialmente en frenar o en parar completamente la reacción química, es decir, aislar el combustible del comburente.

Se puede llegar a tal resultado, ya sea, SEPARANDO los cuerpos de la reacción (el oxígeno) por medio de un espeso tapiz de espuma química o física.

REFRIGERANDO los cuerpos en combustión con agua o nieve carbónica (CO₂).

co «shake-scene» en el país. Los eruditos se han asido a esta sola referencia a algo concerniente al nombre de Shakespeare antes de 1593, sin hacer caso del hecho evidente, sobre el que Hoffman insiste, de que «shake-scene» era únicamente un epíteto común, conveniente a cualquier actor que pudiera conmover apasionadamente al público. En esta sutil argumentación está basada la leyenda de Shakespeare.

Roberto L. HEILBRONER

(Continuará.)

(1) Traducción literal: «Cuatro Peniques de Ingenio».

INHIBIENDO el oxígeno (catálisis negativa) de los cuerpos en combustión por medio de polvo extintor, nieve carbónica, o vapores de tetracloruro de carbono o bien sea **DILUYENDO** el oxígeno con vapores inertes; agua pulverizada, bromuro de metilo, tetracloruro de carbono, anhídrido carbónico, etc., etc.

En consecuencia, varios pueden ser los métodos empleados para la extinción y en general éstos varían según la naturaleza del fuego.

No olvidemos sin embargo que existen fuegos contra los cuales estamos todavía casi completamente desarmados. En efecto, hay cuerpos tan ávidos del oxígeno que no sólo toman el del aire ambiente sino que también lo hacen asimismo del combinado íntimamente en la fórmula de los otros cuerpos. Así por ejemplo, en la combustión de ciertos metales como el magnesio, el aluminio, etc., que descomponen el agua o el CO₂, lo que agrava grandemente el problema. Otros cuerpos como la nitrocelulosa y el celuloide, tienen suficiente oxígeno en su molécula para poder pasarse del atmosférico y sin éste continuar la combustión.

Vemos, pues, que el fuego, uno en sí, puede ser muy diverso en cuanto a sus modalidades.

Convencionalmente se divide el fuego en cuatro clases según su naturaleza, lo que permite estudiar más fácilmente el producto extintor más apropiado para combatirle.

Fuegos secos, de origen vegetal, papel, tejidos, etc.

Fuegos grasos de origen animal o mineral, líquidos inflamables, hidrocarburos, aceites, etc.

Fuegos de origen eléctrico de baja o alta tensión, alterna o continua.

Fuegos especiales productos químicos, metales, nitratos, celuloide, etc., etc.

Sería necesario hacer un estudio particular, detallado y extenso para cada uno de los agentes ignífugos a fin de dar una idea breve pero precisa de lo que sea cada uno de éstos. Este trabajo saldría de los límites de este somero estudio y del carácter de esta publicación. Por consiguiente, haremos tan sólo un muy sucinto bosquejo de ellos.

EL AGUA. EL AGUA PULVERIZADA

El agua ha sido y sigue siendo el agente extintor más universal y comunmente conocido y utilizado. La mayor parte de los Parques de Bomberos están equipados casi totalmente aún en la actualidad con las clásicas mangas de riego de gran presión.

Debe el agua su poder ignífugo a su extraordinario calor específico absorbiendo así un número enorme de calorías a un fuego cualquiera. Por otra parte, el refrigeramiento con el agua de la masa en combustión, más el vapor de agua que el fuego produce, crea una zona de inhibición de oxígeno que hace que ésta sea de gran eficacia sobre todo en los fuegos de naturaleza seca.

El agua finamente pulverizada y adicionada de productos conocidos con el nombre de «mojadores», los cuales tienen la particularidad de disminuir grandemente la tensión superficial de la misma permitiéndola así penetrar y mojar casi instantáneamente, hace que sea ésta el mejor, o el único agente extintor en los fuegos de paja, de balas de algodón, polvo de carbón, etc., etc. También se puede utilizar este agua con gran eficacia en los fuegos de hidrocarburos pesados. Un médico francés, en sus tesis de la Sorbona preconizaba re-

cientemente asimismo el empleo del agua pulverizada y mojadora, para disipar el polvo de carbón en las galerías de las minas, idea que desgraciadamente no ha retenido la atención, creo.

LA ESPUMA QUIMICA

Es quizás la espuma química, el más antiguo procedimiento químico de extinción, ya que su empleo remonta a principios de siglo en S. Petersburgo, donde fué patentizada. Desde entonces sólo se ha hecho que mejorarla, pero el fundamento sigue siendo el mismo.

Consiste éste, en la mezcla de dos disoluciones, una básica y la otra ácida. Existen dos clases de espuma química, la ligera y la espesa según sean debidas a la reacción del ácido sulfúrico, o del sulfato aluminico respectivamente, con el bicarbonato sódico.

He aquí la segunda reacción la más utilizada: $(\text{SO}_4) 3\text{AL}_2, 18 \text{H}_2\text{O} + 6 \text{CO}_3\text{NaH} 3 \text{SO}_4\text{Na}_2 + 6 \text{CO}_2 + 2 \text{Al} (\text{OH})_3$ lo que nos demuestra que hay desprendimiento de anhídrido carbónico, excelente agente extintor.

La disolución básica, es decir, el bicarbonato sódico es adicionado de estabilizadores de espuma como el regaliz por ejemplo, lo que da cuerpo a la espuma y le permite de resistir mejor al fuego.

La espuma química se emplea sobre todo en los fuegos de naturaleza grasa (hidrocarburos pesados). Sobre los solventes hidrófilos (alcohol, cetonas, esterés, etc.), la espuma ordinaria carece de eficacia.

La espuma apaga gracias al aislamiento del comburente del combustible debido al espeso tapiz con que se cubre la superficie de los cuerpos en combustión.

ESPUMA FISICA O MECANICA

La espuma física es obtenida a partir de un líquido emulsor generalmente a base de proteínas animales o vegetales. Consiste, pues, en mezclar en una manga apropiada, provista de un sistema de aspiración, el emulsor y el agua, lo que produce una abundante espuma a la salida de la bocamanga. Se estima que por término medio cinco litros de emulsor pueden producir un metro cúbico de espuma que se caracteriza por su compactidad, su adherencia y por su excelente resistencia al fuego.

La espuma física sirve para combatir toda clase de fuegos de hidrocarburos y solventes polares (alcoholes, aldehídos, cetonas, etc., et.)

Los emulsores se obtienen hidrolizando restos vegetales o animales, espinas, huesos, cuernos, etc., que dan al cabo de diversas y complejas operaciones el líquido espumante conocido con el nombre de emulsor.

Las instalaciones fijas de protección contra el incendio, de más importancia en las grandes refinerías de petróleo, son las concebidas para la espuma física que protege así millones de litros de gasolina por ejemplo.

ANHIDRIDO CARBONICO O NIEVE CARBONICA (CO₂)

El anhídrido carbónico, gas carbónico o bióxido de carbono abunda en la naturaleza e interviene en la constitu-

ción del aire atmosférico. Es un gas inerte, que no es ni combustible ni comburente. Es inodoro, insaboro e incoloro, de mayor densidad que el aire (1,53) propiedad importantísima en tanto que agente extintor. Ya que así puede aislar y quedar el tiempo suficiente para provocar la extinción sobre el fuego que se aplique. Se liquida con facilidad a 0° C. a la presión de 34,3 atmósferas y a -10° C. casi a la presión ambiente. Sus constantes críticas son +31° C. para la temperatura, y 77 atmósferas para la presión. Gracias a la facilidad con que se liquida es por lo que se le prefiere como agente extintor al nitrógeno, otro gas inerte. El anhídrido carbónico no es venenoso pero cuando su proporción en el aire es superior al 20 por ciento mata por asfixia, porque impide que el anhídrido carbónico de la sangre se desprenda y la hemoglobina de la misma fije el oxígeno del aire.

La expansión brutal del anhídrido carbónico comprimido en la botella conocida con el nombre de nieve carbónica a la temperatura de -78° C. y que se sublima lentamente en el aire. 1 kg. de CO₂ comprimido expansionado bruscamente a 0° C., a la presión de 760 mm. de mercurio, da 506 litros de gas.

La experiencia demuestra, que si la expansión es adiabática, 1 kg. de CO₂ comprimido a 15° C. da 450 g. de nieve carbónica a -78°,5 C.

Todas estas propiedades hacen del CO₂ un agente extintor excelente, que puede operar la extinción:

por la refrigeración brutal absorbiendo 86 calorías grandes de la temperatura ambiente;

por el efecto antioxiógeno,

por el efecto de la presión en los fuegos de gases bajo presión, y

por efecto de aislamiento de oxígeno del aire ambiente.

Se preconiza el CO₂ sobre todo en los locales cerrados no muy ventilados, con objeto de concentrar el máximo de CO₂ en el mismo volumen. Al aire libre y en una gran corriente de aire, ser inoperante.

Se emplea sobre todo en los fuegos de superficie de líquidos inflamables.

Actualmente se proyecta utilizar el CO₂ en forma de nieve carbónica proyectada desde avión en grandes masas en la atmósfera, al objeto de disipar la bruma y la niebla de las pistas de aterrizaje de los aeródromos. El CO₂ así utilizado rompería el falso equilibrio ambiente de sobrefusión, condensando en forma de lluvia fina, por ejemplo, las microscópicas gotas de agua en suspensión que constituyen la niebla; 500 g. de nieve carbónica pueden provocar 100.000 toneladas de agua en forma de lluvia.

EL POLVO EXTINTOR

Es uno de los procedimientos actualmente más empleados por su gran eficacia sobre los fuegos de líquidos combustibles.

El polvo extintor ordinario está constituido a base de bicarbonato sódico finamente pulverizado. El gran problema de los fabricantes de polvos extintores es el de obtener un polvo hidrófobo que flote sobre el agua sin dejarse mojar y dé gran movilidad. A este efecto el bicarbonato sódico (soluble y muy higroscópico) es tratado especialmente con productos hidrofugantes como los estearatos metálicos y fluidificado con otra variedad de productos y en proporciones muy

definidas. Es éste un complejo problema que escapa por completo a las pretensiones de esta somera enumeración.

Digamos solamente que el polvo extintor se presenta como un polvo extremadamente fino y móvil, lo que permite que a su proyección se forme una nube extintora. A título de ejemplo podemos decir que 10 kg. de polvo extintor ordinario pueden apagar más de 200 litros de aceite en combustión en una superficie de más de 10 m².

El proceso de extinción por medio del polvo está mal explicado y se admite que sea debido a un fenómeno anti-oxígeno o de catálisis negativa.

Existen polvos especiales para fuegos de metales, y éstos, son a base de polvos de grafito convenientemente tratado y también de cloruro sólido. Pero estos polvos no son de una eficacia incontestable.

El polvo extintor no transmite la electricidad. Por otra parte es completamente inoperante en los fuegos «secos».

LOS HALOGENADOS

Se conoce con el nombre de halogenados a los líquidos o gases en la fórmula de los cuales existe uno o varios halógenos. Estos son cuatro: fluor, cloro, bromo y yodo. Se admite que cuanto mayor sea el número atómico, más grande es su eficacia sobre el fuego; desgraciadamente la toxicidad y el precio aumentan en el mismo sentido.

El tetracloruro de carbono (C Cl₄) es el halogenado que desde hace más tiempo se ha empleado. Aun hoy se utiliza abundantemente como agente extintor. Es un líquido incoloro, incombustible naturalmente, de un olor «sui generis» (semejante al cloroformo) de densidad 1,6 que hierve a 76° C. a la presión atmosférica. Una concentración de vapores de C Cl₄ de 200 g./m³. confieren a este último un buen poder extintor. Se congela a -23° C. Se emplea sobre fuegos de hidrocarburos y sobre fuegos de naturaleza eléctrica, ya que no conduce ésta. El inconveniente mayor es el de producir por pirogeración, en contacto de paredes metálicas entre 600 y 800° C. gas fósforo o cloruro de carbonilo (C₂CO), gas de combate conocido por su toxicidad. Es por consiguiente imprescindible airear bien los locales donde se haya utilizado el C Cl₄.

EL BROMURO DE METILO (CH₃ Br)

Es uno de los agentes extintores de más eficacia. Sus vapores mezclados al aire ambiente en la proporción de 2 por ciento en volumen, es decir 90 g/m³, hacen el aire incomburente.

Es un líquido inodoro, incoloro, que hierve a -4° C. y se congela a -93° C. a la presión atmosférica. No conduce la electricidad. 1 kg. de CH₃ Br. líquido, produce a 0° C. 240 litros de gas. Es un gas eminentemente tóxico en sí sin tener en cuenta los productos de su pirogenación. Una proporción en el aire ambiente de 0,2 a 0,4 por ciento de CH₃ Br. puede provocar la muerte de una persona en menos de 30 minutos por disolución del bulbo raquídeo y masa encefálica.

Debiera estar prohibida su venta en tanto que agente extintor, ya que su empleo representa un verdadero peligro para la vida humana.

Digamos también que el CH₃ Br. puede dar en contacto

PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL de ROBOTS

I

INSTALAR UNA FABRICA SIN OBREROS YA NO ES UNA AVENTURA

! **S**IGNO de los tiempos! Un congreso de «robots», el primer congreso internacional de «robots», tuvo lugar en Margate, Inglaterra, en la segunda quincena de junio. A pesar de no haber hecho ruido, su importancia es considerable, lo mismo desde el punto de vista técnico, que desde el punto de vista social. Creen algunos, que este congreso ha sido para el porvenir de la «fábrica sin obreros», lo que será la Conferencia de Ginebra, en agosto próximo, para la utilización del átomo pacífico.

Convocado por la Sociedad de Ingenieros Civiles de Inglaterra, reunió a los constructores de «robots» de varios países y más especialmente de Inglaterra, Francia y Alemania; sus ingenieros, financieros, lo mismo que a sociólogos y representantes de sindicatos obreros. Los debates públicos duraron cuatro días. Los grandes problemas financieros, económicos, sociales y humanos que levanta la llegada de los

talleres automáticos y la de los «robots» en nuestra sociedad, fueron objeto en dicho congreso de documentadas informaciones y de controversias apasionadas, que reflejaban las graves preocupaciones de un porvenir próximo.

* * *

—Hace apenas un año, las cuestiones que plantea la «fábrica sin obreros» no preocupaban a nadie; tan lejanas parecían—ha declarado uno de los organizadores del congreso. Hoy, el mundo económico, financiero y sindicalista se apasiona por ellas. Todo es nuevo en este dominio, donde solo la experiencia nos dictará nuestra línea de conducta. Todo es nuevo, lo mismo para los que construyen los «robots» que para el trabajador que se pregunta con angustia, si no vamos a quitarle definitivamente su pan cotidiano. Nosotros no tenemos miedo a los «robots», aunque sean de los más perfectos. El «robot» no es el enemigo del trabajador. Es el amigo de todos...

Pero sigamos los debates de este congreso de Margate. Primeramente, el problema financiero, sus conclusiones son unánimes en los hombres de negocios. El año último éstos temían derrochar enormes capitales en lo que creía ser

de aleaciones ligeras (aluminio, magnesio) en combustión, compuestos alumino-orgánicos inflamables espontáneamente.

Actualmente se intenta reemplazar el CCl_4 y CH_3Br por otros halogenados o mezclas de halogenados tan eficaces como los precedentes y de toxicidad mucho menor.

Citemos en primer lugar el clorobrometano, monoclórobrometano o bromuro-cloruro de metileno (CH_2BrCl), líquido pesado de densidad 1,8, incoloro, límpido, de odor adulado, cuyo punto de ebullición es de $67,5^\circ C$. y cuya congelación se sitúa a $-86^\circ C$. Fué empleado por los alemanes durante la última guerra y es un agente extintor de la eficacia del bromuro de metilo aproximadamente y muy poco tóxico.

Existen otros agentes extintores como el bromoformo o tribromometano ($CHBr_3$) y últimamente los productos conocidos con el nombre de «Freons» algunos de ellos como el tribloromonobromometano ($CBrF_3$) comunmente llamado «Freon 13 BI» de excelentes propiedades extintoras, pero

cuyo precio es actualmente prohibitivo (del orden de 1.500 francos el kg.)

Hémos, pues, al término de una sucinta reseña de lo que son el fuego y de los principales agentes de extinción.

No quisiera terminar, sin señalar los diversos dispositivos de detección de incendio, basados los unos en células radioactivas detectoras de humos preconizadores de incendio, otros en la elevación brusca de la temperatura, etc., etc.; todos estos sistemas de detección pueden estar conectados con dispositivos automáticos de alarma y de extinción por medio de los diversos métodos ya señalados. Es así como están protegidos la mayoría de los navios importantes, al igual que las grandes refinerías de petróleos y productos químicos, evitando de esta manera muchas catástrofes, y sobre todo, salvar la vida humana, que es o debe ser, en resumidas cuentas, el objeto fundamental de toda investigación de este género.

TEJERINA

«una aventura pasajera». Han bastado dos o tres experiencias para destruir su escepticismo.

La instalación de «fábricas sin obreros» exige en efecto enormes capitales. Este crecimiento de capitales de base es la ley de cada trastorno industrial desde hace siglo y medio. La utilización del vapor fué más costosa que la de la fuerza humana o mecánica. Pero el rendimiento se reveló también más grande. El mismo fenómeno se reproduce cuando la electricidad aparece. Y lo mismo sucede ahora con la energía atómica. Sus empresas son gigantescas y han asustado a los hombres de negocios sin envergadura. Pero los resultados obtenidos en la producción son tan considerables que esta hipoteca puede considerarse como levantada. La fábrica sin obreros vive las mismas vicisitudes. Muchos hombres de negocios dudan aún en interesarse. Sin embargo, Ford en América, Austin en Inglaterra, han amortizado en menos de un año capitales colosales invertidos en sus talleres automáticos.

El aumento de producción, la disminución de accidentes, reducidos a infimas proporciones, son los principales elementos de esta rápida amortización. Veremos en seguida que no hay economía sobre los salarios obreros, aunque parezca paradoja. Ford obliga a sus adversarios que no querían la fábrica automática, a seguir su ejemplo, si quieren sostener la competencia. Los expertos creen que el automatismo de las fábricas será cosa hecha de aquí a unos tres años. La industria automovil alemana prepara la «robotización» (automatismo). Las fábricas inglesas de radios automatizan unas después de otras.

En los Estados Unidos, el movimiento de «automatismo» toma el aspecto de una verdadera revolución. Las ventajas de equipos automáticos han aumentado el 210 por ciento desde el año último para alcanzar la cifra fantástica de doce mil millones y medio de francos suizos. Una fábrica «robot» produce ahora aviones en serie. Para fines del año 1955, la industria petrolera habrá aumentado la automatización en el 70 por ciento de sus producciones.

* * *

Los congresistas de Margate han sido invitados a visitar la fábrica sin obreros de la firma Austin, en Longbridge, cerca de Birmingham. Esta fábrica produce sin intervención humana 18 modelos diferentes de autos. Es la fábrica automática más perfeccionada, junto con la de Ford en Detroit. El laminado embutido por una máquina nos da la carrocería en un bloque. Las ruedas, ejes, dinamos, carters, faros, tornillos, tuercas, etc., se producen por cadenas paralelas, sin obreros, avanzando a intervalos de menos de un milímetro. Una cadena construye partiendo de bloques de acero, todas las piezas de un motor. Otra lo monta. Un bloque de acero moldeado, puesto al comienzo de una cade-

na, es sometido a dieciséis operaciones efectuadas por brazos mecánicos. Al fin de la cadena, se encuentra una caja de velocidades. Cada máquina-herramienta no tiene sino un solo movimiento.

Las cadenas paralelas desembocan a una décima de segundo en los talleres de montaje. Brazos mecánicos con dedos articulados, escogen las piezas que se unen, atornillan o se sueldan automáticamente. El coche a punto de marcha sale de las cadenas sin intervención del hombre. La producción de Longbridge ha duplicado en un año, sin despedido ni aumento del personal. Una semana de trabajo era necesaria a una fábrica entera en 1910, para producir un solo coche. En 1955, el mismo coche, necesita el trabajo de cuatro obreros y medio en el mismo tiempo. Es preciso confesar que esta revolución industrial, que acaba de empezar, es la más grande de todos los tiempos.

* * *

La Régie Renault, en los alrededores de París, tomaba parte en el Congreso de Margate. Su delegado ha anunciado que su empresa había entrado en el camino de la automatización y dió a los congresistas los primeros resultados de la experiencia en curso. Renault agrupa en Francia once fábricas y sus 53.000 obreros construyen cada día 950 automóviles, de los cuales 500 de 4 CV. Ha instalado en sus talleres de Billancourt, en las márgenes del Sena, una cadena de cien robots-transportables, que se alinean sobre un kilómetro. Uno de estos «robots» fabrica él solo, 35 carters por hora. El trabajo se efectúa por 105 instrumentos automáticos, controlados por 28 puestos. Cerca de 200 reletos y 14 kilómetros de cable aseguran la transmisión de la corriente eléctrica a las máquinas-herramientas articuladas. Solamente dos obreros dirigen esta máquina de 34 metros de longitud. Su papel consiste en servirse de ciertas lámparas para actuar sobre botones.

Otros «robots» esperan su turno para entrar en el circuito. Uno producirá una bomba aspirante para aceite cada 55 segundos, otro un grifo cada cinco segundos. En su fábrica de Flins, en Normandía, Renault acaba de instalar la pintura automática del interior de la carrocería. Pero Ford y Austin ejecutan ya automáticamente todas las pinturas. Renault piensa que conseguirán así una economía de varios miles de millones por año, cosa que le permitirá—dice—disminuir sensiblemente el precio de coste.

Pero, ¿qué es de los obreros? ¿Qué piensan de esto los sindicalistas? Es lo que veremos en el curso de esta información...

Charles REBER

Traducción Pérez Guzmán.

(Continuará.)



Testimonio para la juventud ⁽¹⁾

...y para mi hijo, Alejandro

— I —



HUBO una vez... pero no... el cuento es de nuestros días... Un joven partió por el ancho mundo, así como se van todos los jóvenes: con el corazón plétórico de sueños y nostalgias, con la mente atormentada por interrogantes. Partió, desde luego, con sus fuerzas que deseaban desencadenarse, con sus anhelos que debían convertirse en hechos. Desconociendo todavía a los hombres y las grandes realidades del mundo, recorrió países, pueblos, continentes. Esto es, luchó consigo mismo y, a menudo, con los que le rodeaban; trabajó para el pan de cada día, cayó, se levantó, marchó adelante, siempre más lejos, afrontando las montañas del Orgullo, salvando los precipicios de las Negaciones, atravesando las campiñas fecundas pero también los bosques llenos de misterios y peligros, contemplando el universo estrellado después de los días de canícula y cansancio.

Y el caminante dejaba atrás país tras país, año tras año. Vivía su vida, como casi todos los jóvenes, acumulando su experiencia; sabiduría y fe, a cambio del trabajo, de los pensamientos y los ideales que desparramaba — igual que el sembrador — entre los hombres, sin esperar la cosecha. Avanzaba con sus cargas internas, con la mirada apuntada hacia las visiones del porvenir.

Y después de años y decenios, he ahí que el peregrino, que fué una vez joven, se encuentra de repente en el país de donde partió. Está asombrado, está alegre pero también algo angustiado. Porque se olvidó de una sola cosa: de que la tierra es redonda, que el círculo de la vida vuelve, despiadadamente, a su comienzo... Si, cada existencia se realizase devorándose a sí misma, sometida a las grandes fatalidades, tributaria a la muerte; ella triunfa, sin embargo, por sobre la Nada si cree y lucha y se consagra a la vida y a sus semejantes... Y, de regreso a su país, el viajero ha sido rodeado por parientes y amigos, por papanatas e indiferentes, por la gente práctica, astuta o habilidosa, por los afortunados, los escépticos y los desdichados de la vida. Todos han querido ver lo que trajo consigo, después de haber dado vuelta al mundo, qué ha logrado él después de tantos años de empeños.

Y el viajero se quedó de pie, frente a todos, simple, sonriente. Quizá, su sonrisa era un poco más amarga. Él estaba lo mismo, tal como partió. Quizá, su cuerpo era un poco encorvado bajo las cargas invisibles. Y uno después del otro le preguntaban:

—¿Qué has traído contigo?

Nada podía mostrarles, el caminante: ni piedras preciosas, ni joyas, ni anillos y brazaletes de oro, ni estatuillas de dioses y talismanes, ni siquiera un montón de billetes de banco, un cuaderno de cheques o títulos de las sociedades anónimas de petróleo, de fábricas, de minas o florestas, nada de lo que se pueda ver, pesar, palpar, cobrar o negociar en la Bolsa. Y los hombres lo miraban con desprecio, con asombro o con leve compasión.

—¡Les traje la VERDAD!

Y los que sabían que la mentira se halla en la base de las relaciones humanas, se reían a carcajadas.

—¡Les traje la CIENCIA!

Se reían los que sabían que la ignorancia es sagrada, que la riqueza y la esclavitud brotan de la incultura como los hongos de la podredumbre.

—¡Les traje la JUSTICIA!

Se reían los que sabían que la justicia es el nombre irónico o cínico de la injusticia, del robo y del homicidio legal, de la tiranía en nombre de la nación o de alguna divinidad.

—¡Les traje la PAZ!

Y las carcajadas irresistibles de los fabricantes de cañones y gases mortíferos resonaban, mezcladas con las de los fanáticos, de los fetichistas del Estado, del Orden o de la Revolución. ¡Sí! Los idólatras de la Revolución se convirtieron, ellos también, en esclavos de la guerra.

—¡Les traje los imperecederos ideales de la humanidad!

Y las risas estallaron nuevamente, despiadadas: los ideales se olvidan, se pierden o son falsificados y enterrados, finalmente, bajo algunas flores hermosas.

—¡Les traje la JUVENTUD!

Las risas disminuyeron un poco, vacilantes entre asombro y mofa. ¿Dónde está la juventud? ¿En este cuerpo enclenque? ¿En este rostro demacrado? ¿En estos ojos que no brillan, triunfantes, que a nadie desafían irónica o sarcásticamente?

Pero algunos jóvenes adivinaron, por fin, la juventud del viajero que volvió entre los suyos: está allí, en el corazón que se sustentó con todos los sentimientos, con todas las esperanzas humanas; está allí, en la mente que abarcó los paisajes del mundo, que afrontó las preguntas de la conciencia, los mandamientos morales, los llamados de los ideales. En este caminante sencillo, con las manos vacías, palpita algo de las realidades espiritualizadas del universo y de la humanidad.

Y esa juventud — que él desparramó en sueños y luchas, en el incesante esfuerzo de realizarse a sí mismo y en la comunión con todo lo que existe y anhela hacia e bien y lo bello — esa juventud, eterna como la vida, persiste en el hombre que regresó entre los suyos... He ahí la verdadera victoria humana: la de conservar en sí mismo la juventud, pese a la desconfianza, a todo lo

(1) Introducción a un libro de ensayos, en preparación, titulado *El espíritu activo*.

malgastado, a los desengaños, a las negaciones. Mantenerle mediante el anhelo de conocerse y la superación personal; eso significa solidaridad con la humanidad y con la vida de todas partes y de siempre. Juventud que sabe esperar y crear; que transforma la experiencia de sus antepasados en energía combativa, la ciencia en hechos, la idea en acción.

—¡Les traje el AMOR! añadió el viajero. Pues ¿qué sería la juventud sin el amor?

Eso lo comprendieron los jóvenes, pero sólo algunos lo sintieron plenamente, sólo algunos que se quedaron en la sombra de su rincón ignorado, esperando el retorno del lejano caminante. Si, un solo ser humano, quizá, comprendió y sintió a la vez que el don supremo de la vida es el amor, constante aun en el abandono u olvido, perdonando a los extraviados y a los crueles, salvando en la gran cruz del reconocimiento, de esa comunión que está plasmando una nueva existencia con la vida de aquel que, en breve, va a destramarse en las apariencias ilimitadas de la creación.

—¡Juventud, Amor, Libertad! ¿Qué otra cosa podía anhelar, qué otra cosa puedo ofrecer? se dijo el viajero que volvió entre los suyos.

Y se retiró en la celda de su trabajo de cada día, en esa soledad poblada de los espíritus de los que legaron a los hombres los tesoros impalpables del recto pensar, del bien y de lo bello, los vivos tesoros de la fe que vencerá, finalmente, las pasiones devastadoras, suscitadas por odio, ignorancia, intolerancia e insaciable ansia de dominación.

— II —

..He ahí que mi cuento termina: sin la apoteosis de la recompensa, sin la tristeza del Eclesiastés, sin el júbilo de aquel que quiere embriagarse en el torbellino de las ilusiones. Finaliza sin coronas de laureles, y sin coronas fúnebres. Simplemente, como la vida misma, que nunca se agota y continúa a través de otros seres, siempre a través de otros.

¿Quizá, queréis absolutamente una conclusión? Es la misma que la de mi «Parábola del hombre de hoy», escrita hace más de veinte años, en plena guerra mundial. Más exactamente: durante la guerra de 1914 a 1918, cuando los hombres eran segados como los trigales, en la locura colectiva, sacrificados a ciertas deidades ilusorias. For aquel entonces el peregrino — que se encontraba en alguna parte, en un rincón del planeta, en la ciudad de Yassy, gloriosa y harapienta, agobiada de penurias y epidemias — se hizo la misma pregunta. Y la respuesta del buscador de paz y fraternidad ha sido ésta:

«...Constantemente él lucha y crea. Cree en sí mismo y en sus hermanos encegucidos. Grita su verdad y eleva sus hechos — el tributo de su existencia — bajo las eternas armonías.

« Trabaja, trabaja, trabaja...

« Y no se pregunta si llegará al final o si triunfará. Porque está realizando su ideal de un instante a otro, gesto tras gesto, palabra tras palabra. Su ideal crece como si fuera un ser vivo, en su propio cuerpo... A través de él vive, desde ahora, la verdadera armonía de todos los hombres que han vencido su salvajismo, aspirando a superarse a sí mismos, hacia una perfección siempre más lúcida y más amante».

Por aquel entonces, igual que hoy día.

Y ¿qué puedo decirte ahora, directamente, a ti, juventud que, hurgando en las alforjas del caminante cuyo cuento escuchaste hace poco, has encontrado algo para tí, sabiendo mostrar a otros también los tesoros ocultos? Te repito las palabras dirigidas a la juventud en un con-

greso, en Viena, cuando la palabra era allí todavía libre:

«Creo en tí, juventud, que apenas abandonaste la cuna cuando los pueblos lucharon ciegamente, hundiéndose en la locura sangrienta. Has respirado ese aire lleno de los hedores de millones de sacrificados, de la pólvora explosiva y del polvo levantado por gigantescos derrumbes. Pero has recibido también, de una vez, cual una herencia, todos los descubrimientos y las enseñanzas de una ciencia que se dejó, sin embargo, profanar por los capitanes de la matanza. No crees ya en los elementos que encantaron a la infancia de tus padres, porque el automóvil, el avión, la radio, la televisión han realizado los «milagros» soñados por los antepasados que transmitían sus noticias mediante las fogatas, desde una cúspide de montaña a otra... Tus nervios vibran al unísono con los dolores del mundo, con sus odios y sus esperanzas, con la revolución universal. Tu mente se apodera de las ideas en vuelo alrededor del planeta. Tus brazos y tus pies se mueven con destreza en las competiciones deportivas. Cerebro y músculo. Sensación cruda, inmediata, y metafísica nebulosa. Arribismo jadeante e indolencia que se da aires de desengaño y cansancio... Sin embargo, creo en tí, juventud, porque contigo es el porvenir, con sus espejismos magníficos. Las fieras del Apocalipsis pueden galopar en la luz sanguinolenta, pero los altos hornos del trabajo y los laboratorios de la Ciencia, los estadios y los anfiteatros de la sociedad del porvenir se vislumbran en el horizonte, diáfanos, fantasmales, esperando tus manos todavía limpias, tu energía que debe afrontar las negaciones y subyugar los peligros de la muerte mediante nuevas creaciones...»

Y agrego, regalando a mi turno el precioso regalo que recibí de parte del solitario de Villeneuve, en los Alpes altivos y graves: de Romain Rolland, en cuyo hogar hice alto, una tarde de otoño, como en los refugios de tantas otras luces espirituales que brillan en la noche de la nueva Edad Media que parece haber descendido por sobre Europa. Pero ya he buscado la *Europa del mañana*, entre las ruinas de las guerras nacionales y civiles, de las crisis económicas y políticas, y he encontrado esas hojas de hierba que brotan entre las piedras, los retoños de los futuros árboles que extenderán sus ramas por encima de los residuos de los viejos errores y horrores.

«¡No separéis nunca el pensamiento de la acción!» — proclama Romain Rolland en su mensaje —. Mi incesante exhortación a la juventud es un llamamiento a la energía. Ningún tiempo la reclama más. Esta época es cruel, feroz, y está llena de devastaciones, pero es potente y fecunda. Destruye y renueva. No es ésta la hora de gimotear y de poner ceño a la tarea. Esta es la hora de subirse las mangas de la camisa y disponerse a luchar con el día que llega. Es el combate de Jacob con el Angel. Y durará hasta que haya aparecido la aurora del día...

«...Y el Angel dijo: «Déjame, pues ya ha llegado la aurora del día». Pero dijo Jacob: «No te dejaré hasta que no me hayas bendecido»...

«Entonces dijo el Angel: «Has luchado con Dios y con los hombres y has sido el más fuerte».

«En la hora actual, tenemos que luchar con Dios y con los hombres: con los ideales antiguos, con los dioses homicidas y moribundos, y con los millones de espíritus sin ojos que les sirven ciegamente. Tenemos que fundar nuevos dioses y una humanidad. No podremos lograrlo sino a costa de la más intensa energía y de un total sacrificio. ¡Dios sea loado! No dejaremos de obrar... ¡Viva la acción! ¡Y viva la paz, hija de la acción!»...

Así hablaba otrora el verdadero Romain Rolland, en

1930. Y he ahí como las antorchas pasan de una mano a otra. No tenemos miedo a las neblinas del odio, a los precipicios de la mentira, a los ventisqueros de las negaciones. Los que llevan la luz saben que el crimen está en acecho, con sus máscaras hipócritas y bestiales; pero saben también que otras manos se apoderarán de las sagradas antorchas de la vida, las de la juventud, del amor y de la libertad.

— III —

...Y ¿qué debemos decir a los escépticos que se creen realistas, a los prudentes que se creen clarividentes, a los hombres prácticos que se imaginan que es posible esquivarse de los imperativos de la conciencia humana, que se puede jugar y bromear con la vida — con esa vida tremendamente seria — y que se puede engañar la muerte mediante supersticiones, sortilegios o dogmas opresores? Sólo les decimos: Llegará el día del Gran Juicio. No el Juicio del «más allá», sino el que surge inesperadamente en nosotros, con su luz, en cada uno de nosotros, y nos pregunta a cada uno:

—¿Qué hiciste con las herencias legadas por tantas generaciones de pensadores y luchadores, de creadores e idealistas? ¿Cómo las conservaste en tí, cómo las animaste en tu corazón y en tu mente? ¿Y cómo has acrecentado estas herencias?...

Sí, este día llega para cada hombre, más tarde o más temprano. Y está bien si llega pronto, lo más pronto, y no en la hora definitiva de la muerte, cuando los más ya no pueden contestar, perdidos en las nieblas de las desesperanzas o en las ansias del remordimiento. Este día se llama **Gnothi seuton**; ¡Conócete a tí mismo! Mandamiento pronunciado en tiempos remotos, y no tan sólo por Sócrates. Surgió, no formulado todavía, y hasta inarticulado, en el primer hombre que se levantó en dos pies, llevó la mano a su frente y clavó su mirada, como fascinado, en los ilimitados reinos celestes: en los de la eterna evolución, del incesante esfuerzo por la perfección, a través de los siglos y las generaciones.

Eso es lo que me atrevo en decir a todos y, sobre todo, a la juventud: —Les traigo la juventud y el amor, testi-

monios de mi paso sobre esta tierra. Los míos, y los de cada hombre... Y, sin embargo, dejadme que me retire en la celda de mi trabajo. El artesano no acabó con su tarea. Todavía tiene que pagar el tributo de su existencia: es deudor a sus antepasados, pero puede convertirse también en acreedor de los que vendrán. Solamente él sirve plenamente al presente — la actualidad creadora; solamente así él sirve a sus semejantes, a la humanidad — que no es un mito, sino una realidad individualizada.

Y he ahí mi oración de todos los días:

Creo en una fuerza suprema: la del Espíritu creador; mi ruta hacia el corazón de los hombres, de las cosas y del mundo, me la abro siempre, paso a paso, mediante la intuición racionalizada, y ésta no es más que amor clarividente y perseverante;

no me someto sino a un solo imperativo: el de mi propia conciencia;

todas mis aspiraciones se resumen en una sola: el conocimiento de sí mismo;

y no conozco más que un medio de elevación: el auto-perfeccionamiento.

Es decir: ¡esculpir mi propia estatua!

Se atribuye a los Alejandrinos esta asombrosa sentencia: «Que cada cual modele su propia estatua»...

No voy a oscurecer con pedantescos comentarios esta expresión plástica de una verdad primordial. No he encontrado todavía (enunciada con menos palabras, y en forma más perfecta como belleza y acto) semejante formulación de la divinidad humana. Es en vano, empero, que queramos grabarla sobre los templos. La interpretación vulgar sería: orgullo, adoración de sí mismo.

Pero aquel que ha sentido, en el corazón y en el cerebro, el dolor — agudo como el cincel que desprende fragmentos del duro bloque de la Voluntad; aquel que ha sentido cómo crece y se fija en él mismo la estatua de su propia humanidad, cincelada con el esfuerzo de cada instante —, aquel va a estremecerse oyendo estas palabras milenarias de los Alejandrinos, y tendrá, quizá, la misma sensación que tendría una estatua que se anima y desciende de su pedestal, avanzando entre los hombres...

Eugen RELGIS



Gustavo CHARPENTIER



GUSTAVO Charpentier, el músico bien conocido como autor de «Luisa», acaba de morir a los 96 años.

Con esta ocasión, los diarios han recordado que era de origen modesto y que en su juventud, en Tourcoing, donde su familia lorenesa se refugió después de la guerra de 1870, trabajó en una fábrica de hilados. Extremadamente dotado para la música, fundó una sociedad filarmónica entre sus compañeros de trabajo. Poco después, siguió los cursos del Conservatorio de Lille. Los estudios del joven Charpentier eran tan notables, que la municipalidad de Tourcoing le concedió una beca que le permitiera trasladarse a París y seguir allí los cursos del Conservatorio. Tuvo a Massard como profesor de violón, a Pessard como profesor de armonía y, finalmente, a Massenet, como profesor de contrapunto y fuga.

Una cantata, «Didon», le valió el Premio de Roma en 1887. Ella fué ejecutada en Bruselas en 1889. Volvió de Roma con las «Impresiones de Italia», brillante mezcla de naturalismo y de sentimentalidad que obtuvo numerosas audiciones en el Concierto Colonne, así como «La vida de un poeta», sinfonía-drama en cuatro partes, y las «Series de orquesta». Pero una de las producciones más características de la mentalidad anarquizante de Charpentier fueron las «Impresiones falsas» para orquesta y canto que tuvieron dos audiciones en el Concierto Colonne en 1895. Se trata de dos poesías de Paul Verlaine, relatando su estancia en la cárcel de Bruselas después de su atentado contra Rimbaud. La primera, titulada «La Velada Roja», es de una música extremadamente realista y se adapta muy estrechamente a la poesía. En la segunda, «La Ronda de los compañeros», Charpentier pone al descubierto sus verdaderos sentimientos. Un recitante canta las cinco estrofas de la poesía de Verlaine. Está en el interior de la cárcel. Es la hora del paseo diario y los prisioneros dan vueltas en redondo:

«Vacilando sobre su fémur
Debilitado
A lo largo del muro
Loco de claridad».

De vez en cuando los prisioneros (el coro) interviene y

manifiestan su sentimiento. Gruñen «¡Viva Ravachol...!» «¡Viva Vaillant...!» «¡Viva Emilio Henry...!»

Pero al foro, una voz clama la liberación que vendrá. Ella la clama sin palabras. Son simplemente unas notas... Lala... lala-la... ¿Pero cuál es este aire? Era un aire muy conocido en la época en los medios anarquistas. Era el aire del «Padre Duchêne», canción publicada en el «Père Peinard» y del que Ravachol, ante la indignación y el desprecio de la burguesía, cantó una estrofa, en Montbrisson, marchando hacia el suplicio. El ritmo, en esta voz cantando en el foro, estaba completamente transformado. Pero el aire continuaba siendo el mismo.

Estos dos trozos fueron ejecutados dos domingos seguidos en 1895 en el Concierto Colonne. Se acababa de salir de la serie de atentados a la dinamita. El gobierno intervino, «poniendo orden» en estas audiciones. Eduardo Colonne, que recibía una subvención del Estado para divulgar a los jóvenes músicos, fué invitado a no seguir ejecutando estas obras. Ellas no fueron representadas de nuevo jamás. Hoy es imposible encontrar en la venta pública la partitura de estas dos piezas. Pero ella se encuentra en la Biblioteca del Conservatorio.

Pese a todo, Gustavo Charpentier conservó las mismas tendencias. «Luisa» fué al principio rechazada por la Opera, donde se juzgaba imposible llevar a la escena un obrero en traje de trabajo considerando que ello no era lírico. Fué al fin aceptada en la Opera Cómica, y obtuvo un éxito formidable... Charpentier escribió, siempre dentro de la misma tendencia, un drama lírico en cinco actos, «Julián», que fué representado en la Opera Cómica en 1913, pero que no tuvo el éxito de «Luisa». Recordemos asimismo que en 1900, Charpentier fundó el «Conservatorio Popular Mimi Pinson», queriendo llevar a los trabajadores al gran arte musical.

Fué, es cierto, elegido para la Academia de Bellas Artes en reemplazamiento de su maestro Massenet. Es esto quizá una debilidad. Pero aún a la edad de noventa años, Charpentier se complacía en decir: «Reivindico sobre todo la obra que he escrito a partir de mi estancia en la villa Médécis».

Traducción: F. M.

A. C.

POETAS DE AYER Y DE HOY

“Niños de azabache”

Canciones de luna y fragua.
Por el olivar cantando
van los niños de azabache
del «Romancero Gitano»...
¡Qué pena la pena aquella
que va prendida en sus labios!
Pena de noches pajizas
y de lirios fracasados...
De madrugadas remotas.
De viejos cauces callados.
¡Pena de bronce y de ensueños
de los romances gitanos!
Van los niños de azabache
por el olivar cantando.
—¡Ay, ¿dónde están, Federico,
las espadas de tus nardos?
¿Y aquellas niñas amargas
con mantoncillos bordados
que hacían, de corazones,
collares y anillos blancos?
¡Ay!, ¿dónde está, Federico,
aquel polisón de nardos
con que la luna lunera
disfrazó su amor humano?
¿Y tus gitanos de cobre,
tu montura y tu caballo
y las amapolas rotas
de tus dos labios callados?
—¡Ay!, ¿dónde están, Federico?
Por el olivar cantando
van los niños de azabache
de tus romances gitanos...

C. VEGA ALVAREZ

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último goda. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELLENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—«Poesías líricas». Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—«Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

Colección de «Clásicos castellanos» (antiguos clásicos «La Lectura») a 375 francos el volumen

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas». Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—«El Diablo Mudo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—«Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y festivas». Prólogo y notas de J. María Salvaverria.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete mantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

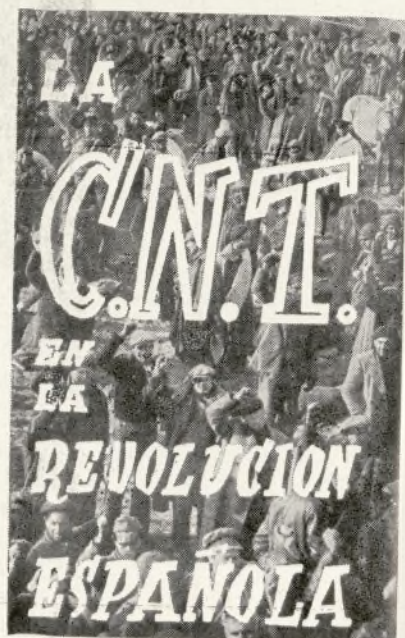
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkine, 200 frs.

«Ética», de Kropotkine, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. Paris (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer todos los estudiosos